



Biblioteca Mundial
de la Poesía
UAEMEX

Poesías
Diego González



UAEM

Universidad Autónoma
del Estado de México



© Universidad Autónoma del
Estado de México, 2016
Instituto Literario núm. 100,
Colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de
México

El presente texto es un derivado de una obra en dominio público. Recuperado de

Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons, Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver una copia de la licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su acceso abierto en <http://ri.uaemex.mx/>



Poesías Diego González



(¡Oh tristes molestísimas memorias!)
mas ora ya trocada su dulzura
en amarga ternura,
la arrima al pecho blando, 30
y sus cuerdas sonando
en triste tono, y lúgubre armonía,
hablando con el río, así decía.

DELIO

Rehuye, oh Manzanares, presuroso
del suelo, que hasta aquí te fuera amigo, 35
y retira del Tajo tu carrera,
del Tajo, que después de ser testigo
inhumano del caso doloroso,
que el horror esparció por su ribera;
la nueva lastimera 40
va cruel publicando
por donde va pasando,
desde el extremo ardiente a Lusitania,
diciendo en su corriente:
“Ya de Hesperia la luz resplandeciente 45
faltó en la Carpentania.”
¡Oh triste hora! ¡Oh tenebroso día!
En que del centro de la deliciosa
selva, do están los lares más sagrados,
salió la voz doliente, y lastimosa: 50
“Murió Carlos, murió nuestra alegría.”
Temblaron al oírla los collados,
pastores y ganados
lloraron de consuno.
¡Oh fracaso importuno! 55
¡Oh tierna flor! ¡Oh tela delicada,
cuyo precioso hilo,
torcido apenas, con agudo filo
cortó la Parca airada!
¡Oh muerte injusta! ¿cómo nos robaste 60
de un golpe solo toda la hermosura,
y esperanza de nuestra amada gente?
¿La tierna edad no te inspiró ternura?



¿Pudiste ver sus ojos? ¿No cegaste
al ver la majestad, que ya en su frente
rayaba claramente? 65

¿O acaso el nombre agosto
te causó tanto susto,
que el mismo miedo te infundió osadía
para tan fiera hazaña, 70
pensando que lograrla tu guadaña
no pudiera otro día?

¿Posible es que en tu daño, niño hermoso,
reservase Esculapio los secretos,
que le alcanzaron nombre, y ser divino? 75

¿Acaso sus durísimos decretos
no los obedeciste religioso?
¿Por tu carne (¡ay!) no abrió el hierro malino
doloroso camino?

¿Rehusaste por ventura 80
probar el amargura
de la rosa corteza peruana?
¿Y tras esto el dios crudo
tuvo tanta dureza, que ver pudo
finar tu luz temprana? 85

¿Ni bastó a detenerte, alma preciosa,
del delicado cuerpo la hermosura,
a tu ser celestial correspondiente?
¿Ni de tu dulce madre la amargura?
¿Ni del padre y abuelo la forzosa 90
pena? ¿Ni el ver la plebe condoliente,
que religiosamente
en uno congregada,
por tu salud amada
votos mil con fervor, y llanto hacia 95
al cielo? ¿Ni el temprano
y rico sacrificio, por mi mano
alzado cada día?
Volaste al cielo, en fin, dejaste al suelo
miedo en el corazón, llanto en los ojos, 100
de tu ausencia eternal dignos legados.
La tierra fría cubre tus despojos.



Trocose la alegría en triste duelo.
La madre, digna de mejores hados,
por campos y collados 105
corre sin ornamento,
llenando de lamento
la horrible soledad, y tiernas quejas.
Y yo, de los pastores
escándalo, por darme a mis dolores 110
olvido mis ovejas.
En la más retirada, más sombría,
mansión de esa enlazada selva umbrosa,
do nunca penetrara el rayo ardiente,
(que sin ti hasta la luz me fue enojosa, 115
y aborreciera toda compañía)
Allí me escondo, y lloro largamente.
No hay quien atentamente
mirando tal tristura,
no la juzgue locura; 120
mas yo, en vez de negarlo, lo confieso,
pues forzoso imagino,
quien te pierde a ti, Carlos divino,
pierda también el seso. 125
Si alguna vez al cuerpo fatigado
regala con su bálsamo Morfeo,
entredicho poniendo a mis querellas,
al punto me parece que te veo
con tus tiernas hermanas por el prado
andar cogiendo de sus flores bellas, 130
adornando con ellas
tu dorado cabello,
y que al verte tan bello,
abrazos mil te da la dulce Luisa,
te besa el padre amable, 135
mirándolo el abuelo venerable
con apacible risa.
Mas luego, vuelto en sí del dulce engaño
el ánimo mezquino, cual torrente
con grave impedimento detenido, 140
que crece, rompe, y vuelve fuertemente



de las quietas azudas el tamaño
sobre los secos ejes con gemido,
poniendo en útil ruido
la aceña, que yaciera 145
dormida en su ribera;
así el dolor insano toma aumento
de la quietud pasada,
y cuanto aflige al alma descuidada
lo pone en movimiento. 150
Mil medrosos portentos, no creídos
entonces, tanto mal nos anunciaron;
mis ovejas miraban tristemente
a do el sol muere: súbito espiraron
dos corderos a Carlos ofrecidos: 155
¡la guerra, ay Dios! La flor de nuestra gente
devoraba inclemente,
y Marte ardiendo en ira
holló, y rompió la lira
de Dalmiro, ¡oh dolor! la digna sólo 160
de celebrar la gloria
de Carlos, extendiendo su memoria
del uno al otro polo.
¡Oh Tajo! huye, y luengos giros dando,
evita el cruel recinto, y su verdura 165
trueca en árido yermo, y pavoroso,
crezca en vez de la flor la espina dura,
ni vierta allí la aurora el llanto blando,
y do amores cantaba el delicioso
ruiseñor, el medroso 170
búho mil quejas cante,
para que el caminante
diga al ver tal mudanza: “¿Do se ha ido,
el verdor de este suelo?”
Y le digan. “Castigo fue del cielo 175
por lo que ha consentido.”
Desde que al mundo el sol su rayo encubre
comienzo aquí tendido el triste llanto,
que no enfrena la noche temerosa.
Veo volver, los cielos entre tanto, 180



y el paso circular se me descubre,
señalado por Juno recelosa
a Calisto amorosa,
aquí la Aurora bella
me encuentra en mi querella, 185
aquí me halla al comenzar su día
Apolo refulgente.
Todo pasa, y se muda, solamente
queda la pena mía.
Y tú, precioso río, si aprendiste 190
a ser piadoso de los regios lares,
que bañas Ledo, atiende, a mi gemido,
y apruebe la razón de mis pesares
el coro de las ninfas que te asiste.
¡Mas ay! que en tus arenas divertido 195
me niegas el oído,
ni curas de mis quejas,
y sin pena te alejas,
¡y me dejas en mísero lamento!
Pues lleva en tus cristales 200
para dulce testigo de mis males
el débil instrumento.

POETA

Aquí dejó el pastor su triste canto,
y a las aguas echó la dulce lira,
sin saber la virtud que en sí tuviera. 205
Sintió el río el encanto;
y mientras Delio el nuevo caso admira,
dio a conmoverse toda la ribera.
¡Oh si dado me fuera
referir como es digno 210
el caso peregrino!
Dilo tú, sabia musa, o dame aliento
para que decir pueda este portento.
El río, que yacía confundido
con la menuda arena, de repente 215
se incorporó en figura sobrehumana,
y apareció vestido



de túnica sutil, y transparente.
Venerable su faz, y soberana,
la barba luenga, y cana, 220
y el cabello rizado,
de espadañas cercado,
mostraba en la estatura, y gentileza,
que era propia de un dios tanta grandeza.
Sobre el siniestro codo recostado, 225
tres veces sacudió del crespo pelo
las arenas, que lluvia parecían
de plata sobre el prado.
Alzó la poderosa diestra al cielo,
los coros de las ninfas atendían, 230
y en silencio yacían
los faunos, que al ruido,
del bosque habían salido.
Y el dios mirando a Delio, que estuviera
sorprendido, le habló de esta manera. 235

MANZANARES

¿Por qué te das tormento,
pastor desacordado,
y llenas de clamores mi ribera?
Cese ya tu lamento,
y a son más elevado 240
templa la dulce lira placentera,
y a la celeste esfera
levanta en este día
las santas bendiciones,
y soberanos dones, 245
que el cielo piadoso nos envía,
y la extraña ventura,
que el bien de nuestros campos asegura.
Carlos, de ti llorado,
eterna luz habita, 250
sentado entre los dioses inmortales.
De rosas coronado,
que el tiempo no marchita,
y abundoso de bienes celestiales,



el índice, y diciendo:
“Escuchad lo restante;”
encendido el semblante,
y el gozoso tumulto sosegado, 295
siguió el Dios el discurso comenzado.

MANZANARES

La amable y dulce Luisa,
la más bella pastora
que vio en su regia orilla el Eridano,
y hoy nuestro suelo pisa, 300
en cuyo rostro mora
el coro de las gracias, y lo humano
junto a lo soberano;
y cuando mis orillas
pasea airosamente 305
por verla solamente,
corren todos los pueblos en cuadrillas;
ni cesan de alabarla,
ni se hartan sus ojos de mirarla;
aquella nuera amada 310
del mayoral más bueno,
que nuestros valles rige cuidadoso;
de Venus regalada,
en el fecundo seno
(¡tanto nos es el cielo dadivoso!) 315
Siente el peso amoroso
del duplicado fruto,
que hará perpetuamente
dichosa nuestra gente,
y quitará a la Hesperia el triste luto, 320
entregando al olvido
el llanto por el doble bien perdido.
El término cumplido
de nueve fases puras,
por Luisa dejará su bosque amado, 325
y al Endimión dormido
Lucina en las alturas,
y el mayoral mostrando con agrado



al pueblo allí ayuntado
los dones superiores, 330
“Ve aquí, dirá, ¡oh preciada
nación! asegurada
la clara sucesión de tus señores
la pena se disipe
de dos Carlos con Carlos y Felipe.” 335
Y con extraño gozo
la plebe religiosa
loará por tal don al cielo santo.
Correrá el alborozo
por la tierra dichosa, 340
Y oirase por do quiera el dulce canto,
que beneficio tanto
en verso peregrino
levante a la alta esfera,
desde esta mi ribera, 345
donde moran las musas de contino,
hasta aquellas majadas
por el mar de nosotros alejadas
De flores olorosas
las cunas rodeadas, 350
las gracias mecerán suavemente,
y asistiendo oficiosas,
cantarán mil tonadas
con que toda tristeza, y mal se ahuyente,
y el bien esté presente; 355
y con susurro blando
las amigas abejas
adormirán sus quejas,
en tanto que las Parcas volteando
los husos sin estruendo, 360
los preciosos estambres van torciendo.
Mas luego que pasando
los años no sentidos,
a sus amados padres conocieren,
y su luz explicando 365
la razón, los crecidos
ejemplos de virtud heroica vieren;



y cuando percibieren
la piedad del abuelo,
de la virtuosa madre
la dulzura, y del padre
el valor, y otros dones mil del cielo;
y ya en edad mayores,
las historias de sus progenitores
lean.... y como trajo
Filipo el Animoso
desde el Sena la sangre esclarecida
a nuestro amado Tajo,
del cielo don precioso,
con que fue nuestra Hesperia enriquecida,
y su gente regida
por costumbres mejores;
como pulió su traje;
como fijó el lenguaje,
y el canto acrisoló de los pastores;
con otros claros hechos;
cuya memoria dura en nuestros pechos...
Entonces nuestro suelo
brotará nuevas flores,
volverá al mundo la ofendida Astrea,
y reinará sin duelo
entre nuestros pastores.
Tornará el siglo de Saturno Rea,
y verterá Amaltea
del rico don sagrado
los bienes sin medida.
La grama apetecida
seguro pacerá nuestro ganado,
y en las ociosas horas
cantarán tanta dicha las pastoras.
Recibirá el arado
facilidad, y el fruto
excederá la rústica esperanza.
Mercurio con agrado
percibirá el tributo
de la nave traída con bonanza.

370

375

380

385

390

395

400

405



Y a Minerva alabanza
se dará cuando hiciere
que en las hesperias partes
sus tres amadas artes, 410
y cuanto ya empezado bueno hubiere,
por el doble talento
llegue a su perfección y complemento.
Mas oye las señales
que a tanta profecía 415
acompañan en fe de verdadera.
Con pactos inmortales
se firmará algún día
la paz más ventajosa, y lisonjera
a toda mi ribera; 420
después que tremolados
los soberbios leones
sean en tus pendones,
Castilla, en triunfo, y ovación llevados
por el valor hispano 425
desde el seno balear al mejicano.
Y la ciudad alzada
en la africana orilla,
donde la esclavitud fijó su asiento,
al suelo derrocada 430
con la infame gavilla
verás por fin con ruina, y escarmiento.
El ibero ardimiento
con mas razón temido
será de aquella gente. 435
Y porque eternamente
se extirpe, a tan humano intento unido,
el dueño soberano
de África y Asia nos dará su mano.
¡Oh Delio, si lograras 440
por raro don del cielo
que tu edad se midiese por la mía!
¡Como ledo cantarás
las dichas de este suelo,
cumplida ya tan alta profecía! 445



Pero la muerte fría
te ocupará, y tu canto
con verso más ameno
proseguirá Liseno, 450
a quien oye Compluto con espanto,
y tal vez el Henares
alzó el pecho atendiendo a sus cantares.
También con alto estilo
ayudará al intento
el que en el Tormes canta dulcemente, 455
Batilo, el buen Batilo,
a quien dio su instrumento
Dalmiro, que con voz desfalleciente
le dijo: “Solamente
a ti, zagal, es dado 460
concertar esa lira,
que destrozó con ira
Marte, y cantar del siglo bien hadado,
y será el canto dino,
si lo aprobare el juicio de Jovino.” 465

POETA

Dijo el río, y tornase al ser primero,
faltó el grande auditorio de repente,
volvió en si Delio, y la visión
tuviera por sueño lisonjero,
si un gozo celestial, que dulcemente
sintió no la aprobara verdadera. 470
Y notando que era
el día ya pasado,
amenazó el ganado,
y caminó seguro a su alquería
del cumplimiento de esta profecía. 475
Dicet am certè: Vatum non irrita currunt
Auguria.....
Statius, Lib. V. Sylvar. II



Égloga Delio y Melisa.

MELISA

¿Qué tienes Delio mío? ¿Qué accidente
en tu rostro el color ha demudado? 5
Ayer te vi gustoso y complaciente
gozar de mis delicias, hoy airado
el semblante, ojeroso y macilento,
el cabello sin orden desgreñado,
muda la voz, turbado el pensamiento, 10
y el lamento a los aires esparcido,
publica ser extraño tu tormento.
¿Qué nueva pena, dí, te ha poseído?
cuéntame tu dolor por ver si alcanza
alivio el mal conmigo conferido. 15

DELIO

¡Ay Melisa! El vivir sin esperanza
ha causado este trueque tan extraño.
De tu mudanza nace mi mudanza.
Antimio me ha traído el desengaño
de que todo tu amor fingido era, 20
Antimio me ha sacado del engaño
luego que a pacer vino esta ribera
con su ganado ayer. ¡Oh suerte impía!
¡Quién de ti tal mudanza presumiera!
Antes de su llegada yo leía 25
En tu semblante toda mi ventura.
Tu mirar halagüeño me decía:
«Tuya soy, Delio mío»; y con dulzura
el fuego de tu pecho ponderabas.
¿Cuántas veces dejaste a la ventura 30



los amados corderos que guardabas,
en medio de la siesta amarizados?
Y luego de la mano me tomabas,
y por los matorrales intrincados
me llevabas diciendo: “ven conmigo 35
tú solo, Delio mío, que sentados
donde el bosque se estrecha en lazo amigo,
en tanto que sestion los pastores,
¿cantaremos a solas sin testigo
con gusto y con placer nuestros amores?” 40
Testigo es de aquel roble la rudeza,
que al tiempo hará inmortales tus favores
pasados; pues cediendo su dureza
de agudo pedernal al golpe fuerte,
de tu mano escribiste en su corteza 45
un letrero que dice de esta suerte:
“Delio: mío has de ser toda la vida;
tuya será Melisa hasta la muerte;”
¡Ay! cuantas veces a mi cuello asida,
dijiste: “Ven pastor hacia esta fuente, 50
(ya que el tiempo oportuno nos convida)
templaremos de amor la sed ardiente,”
mas con el trato dulce, y amoroso,
que con el frío raudal de su corriente.
Juzgábame con esto venturoso, 55
pero al llegar Antimio a esta ribera
de mi pecho faltó todo el reposo.
¡Ay Melisa, Melisa! ¿quién creyera
en tu pecho mudanza semejante,
para él alegre, para mí severa? 60
De Antimio no te apartas un instante,
en todo al triste Delio le prefieres,
Antimio mira afable tu semblante,
él no vive sin ti, tú sin él mueres,
tú le sigues do quiera que se ausenta; 65
él sigue por do quiera que tú fueres.
Si Antimio va zagüero, luego inventa
tu amor algún motivo no esperado
para esperar a Antimio; o desalienta



tu pecho de rendido y fatigado, 70
o tal vez imaginas que el cerdoso
cordel de tus abarcas se ha soltado;
Y dices: “Corre Delio presuroso,
que en el sembrado se entran las ovejas”,
y el ceñir esta abarca me es forzoso 75
en este breve rato que te alejas,
¿pues qué dirán los dioses si conmigo
te vieran esta vez? y así me dejas.
Yo en pos de las ovejas luego sigo;
y vuelvo, y hallo a Antimio en tu presencia, 80
de tu acción recatada fiel testigo.
¿Qué dirían los dioses, cuya ciencia
siempre obstáculo fue de mi ventura?
Los dioses lo miraron con paciencia.
¿Y qué dijeron, cuando en la espesura 85
de esa selva te vieron otro día
recostada en su pecho sin cordura,
atendiendo a unos versos que leía
(obra suya que alaba a todas horas)
versos que en toda métrica porfía, 90
aunque los cante en voces muy sonoras
los escuchan con tedio los zagales,
y los oyen con burla las pastoras?
¡Ay Melisa!, los dioses inmortales,
si de estas nuestras cosas caso hicieran 95
ellos piedad tuvieran de mis males,
tu duro corazón enternecieron,
tus mudanzas hubieran castigado,
y mi amor al de Antimio prefirieran.
¿No respondes Melisa? ¿Te ha turbado 100
la justa relación de mi tormento?
¿O no merece Delio desdichado
consuelo en su dolor? ¡Ah! cobra aliento,
háblame; mas que digas que me engaño,
y ojalá me dijeras que yo miento. 105
MELISA
¡Ay Delio, Delio! ¡Cuánto ve en su daño
un hombre de los celos afligido!



Lince al dolor, y topo al desengaño.
A todas tus querellas he atendido, 110
y a no ver que el amor te enajenaba,
me hubiera de tus quejas ofendido.
¿No te dije bien claro que ya amaba
a Antimio, cuando tú me descubriste
el incendio que el pecho te abrasaba?
¿En este caso tú no pretendiste 115
tener en mi cariño alguna parte
sin perjuicio de Antimio? No dijiste:
«¡Vivir me es imposible sin amarte!»
Bien sé que Antimio a ti te amó primero,
tú de su amor no puedes apartarte.
Amanos a los dos, porque yo quiero 120
ser amado de ti con fe sencilla,
aunque tenga en tu amor lugar postrero.
Entre los dos no habrá jamás rencilla
contento con su parte cada uno,
¿serán de amor la nueva maravilla 125
dos pastores, que amaron de consuno
a una misma pastora con desvelo
sin que entre ellos hubiese duelo alguno?
Tú mismo ves que Antimio sin recelo
te ve participar de mis favores 130
sin que por eso forme queja o duelo.
¿Y ahora te quejas de que en mis amores
logre Antimio la parte que le cabe,
y a que son sus obsequios acreedores?

DELIO

No fuera, a la verdad, mi mal tan grave, 135
y mi tormento fuera más sufrible
si esto posible fuera; mas quien sabe
lo que es amor no tiene por posible
que vivan dos amores en un pecho
por ser el uno al otro incompatible. 140
Yo fundo mi razón en mi propio hecho.
Desde que yo te amé, Melisa mía,
de todo el corazón te di el derecho.



Las pastoras dejé que antes quería;
(si bien que de ellas nunca fue sabido 145
mi amor) la Inés, la Fabia, y Rosilla,
la Arsenia, cuyo rostro es aplaudido,
la Julia, y otras mil pastoras bellas,
por ti sola vinieron en olvido.
Buen testigo son de esto las querellas 150
continuas de Fascinia, la envidiosa,
que tú no puedes menos de saberlas.
Pues sentida de mí, de ti celosa,
te cuenta con voz triste y lastimera
mis desprecios, y en esto no reposa. 155
Yo mi dulce Melisa no creyera
que te adoraba con amor sencillo,
si esa mi pecho otro amor caber pudiera.

MELISA

Mira, Delio, yo tengo un corderillo
blanco de rojas manchas salpicado, 160
cuya madre al dejarle en un tomillo,
murió de un accidente no esperado,
apliquele a otra oveja, que criaba
otro de blanco y negro variado.
Al principio la oveja le extrañaba; 165
después ya le criaba y le lamía,
era en fin tanto ya lo que le amaba,
que si por algún caso le perdía
ansiosa le buscaba con balido,
de manera que nadie conocía, 170
ni tú Delio lo hubieras conocido
con tu mucho saber, y tu experiencia,
cual era de los dos el más querido.

DELIO

¡Ay triste! que aunque estando en tu presencia
tal vez pueda creer que soy amado 175
de ti; ya llegó el tiempo de mi ausencia.
Pues Arsenio a quien sirvo ¡ah triste hado!
Me ha enviado a decir que sin tardanza



amenace hacia el Tormes el ganado,
y temo con razón que esta mudanza 180
en tu pecho resfríe mis amores,
y en el mío dé fin a la esperanza.

MELISA

Antes producirá el diciembre flores
en los prados; y el julio las corrientes 185
suspenderá con hielo; y los olores
del tomillo y romero florecientes
huirá la docta abeja; y harán lecho
en las hojas del fresno las serpientes;
y no florecerá el ingrato helecho
en esa nuestra selva umbrosa y fría; 190
que falten tus amores de mi pecho.

DELIO

Y antes la fiebre tímida a porfía
siguiendo en pos del galgo irá con saña;
y el Tíber que por Roma el paso guía,
la corte bañará de nuestra España; 195
y olvidando sus huertos y verdores
el Ebro correrá por la Bretaña,
y la cierva sedienta en los calores
olvidará la cristalina fuente;
que falten de mi pecho tus amores. 200

Y pues es ya forzoso que me ausente
este favor por último te pido;
que siempre en tu memoria esté presente.
Yo viviré muy triste y afligido

sin tu dulce presencia; mas la pena 205
con mis versos templar he discurrido,
que ya sabes Melisa, tengo vena,
y no hay uno entre todos los zagales
que me exceda en cantar con dulce avena.

Yo te los enviaré porque mis males 210
logren alguna vez enternecerte,
y si place a los dioses inmortales
las veces que yo pueda vendré a verte,



y te traeré manzanas olorosas.
¡Ay! quiera el cielo que en dichosa suerte 215
en estas nuestras selvas deleitosas
los tres vivamos siempre en lazo amante,
gozando edades largas venturosas,
que aunque a los dos yo en años adelante
la cana en mi cabello aún no es nacida, 220
ni surca la honda ruga mi semblante.
Y si tú nos excedes en la vida,
honra con un sepulcro nuestra muerte,
bajo una losa do será esculpida
de acerado cincel a golpe fuerte, 225
(si es que tienes valor para escribirla)
una letra que diga de esta suerte:
“Aquí yace de amor la maravilla,
dos pastores que amaron de consuno
a una misma pastora con desvelo, 230
sin que entre ellos hubiese duelo alguno.”



A las nobles artes Oda

Levanta ya del suelo
el rostro, lagrimoso
virtud, hija del cielo, don divino,
y recobra el consuelo,
que ciego y alevoso 5
te robó el ya pasado desatino,
que el áspero camino,
por do sigue la gloria,
y a tu morada guía
emprenden a porfía 10
mil jóvenes, borrando la memoria
del vil ocio indolente
en que yaciera la española gente.
De tu rara belleza
más que del prometido 15
rico tesoro, el ánimo agujado,
sacude la pereza,
y el siglo corrompido
que el honor de tus artes ha manchado,
con gusto depravado, 20
condena; y redarguye
los pasados errores
con mil bellos primores
que el usurpado honor las restituye,
y ofrece a los umbrales 25
de tu templo mil obras inmortales.
Bien como el pequeñuelo
grano, que cuando nace,
no bien el pico llena a la avecilla,
y el palestino suelo 30
robusto árbol le hace
después, do anida de aves gran cuadrilla,
(¡oh rara maravilla!)
así las diseñadas
obras menudamente 35
por la asociada gente



en breve carta tienen encerradas
grandezas cuya suma
no la alcanza la lengua ni la pluma. 40
De la madre natura
los seres desmayados
a más sublime estado los levantas
¡oh divina pintura!
y al lienzo trasladados, 45
instruyes la razón, la vista encantas,
y así el aire suplantás
de la verdad que imitas,
que con los coloridos
por su mano ofrecidos
también el ser parece que la quitas, 50
tanto que si advirtiera
la usurpación colores no te diera.
En superficie lisa
sin que causen aumento
colocar valles, montes, selvas, ríos, 55
a distancia precisa,
acción sin movimiento;
fondos, lejos, alturas, y vacíos,
la mar de sus navíos
separar, y la tierra 60
del globo refulgente
y sombra que la luz nunca destierra,
jamás logró natura;
¡sólo es don tuyo celestial Pintura!
A golpes repetidos 65
de acero riguroso,
o al vivo fuego sueltos los metales,
y en moldes oprimidos,
(que al varón virtuoso sólo
pueden labrar trabajos tales) 70
¡obras tus inmortales
efectos o escultura!
Por ti son conservados
los héroes celebrados,
de la virtud cuando la muerte dura 75



los reduce a ceniza,
y tu diestro cincel los eterniza.
La ninfa desdeñosa
en leño convertida
huyendo del amor de Apolo ardiente 80
con acción prodigiosa
recobra nueva vida
por la escultura, y mano diligente,
que poderosamente
también anima el bruto 85
mármol con igual arte
en que un día Anaxarte
fue mudada por ver con ojo enjuto
a su puerta colgado
al mancebo de Cipro mal hadado. 90
Bajo el olmo frondoso,
o en la caverna oscura,
o en choza humilde el hombre habitaría,
sin tu auxilio piadoso,
¡oh sabia Arquitectura! 95
Tú le elevas al cielo, y la vacía
región, que no podía,
huella con firme planta.
Tú fundando ciudades,
fijas las sociedades. 100
Por ti el regio palacio se levanta
a dar cuidado al cielo
y eterno peso al carpentano suelo.
Al dios que tierra y cielo,
ni espacio imaginable 105
pueden ceñir, en todo ilimitado,
tú con devoto celo
y mano infatigable
eriges templo augusto, do adorado
del pueblo ante él postrado, 110
recibe sacrificio;
¡ah! el que en verdad le implora,
le encuentra a toda hora
en él tan amoroso, tan propicio,



liberal y clemente	115
como si allí habitara solamente,	
incauta lira mía	
sólo a humildes cantares	
en la margen del Tormes avezada,	
¿Quién te infundió osadía	120
para que en Manzanares	
cantes cosa tan nueva y elevada?	
¡Ay! deja la empezada	
locura, que no es dado	
a tus débiles puntos	125
tratar estos asuntos,	
y más cuando hasta el cielo los ha alzado	
con verso más divino	
de otras liras el canto peregrino.	

El murciélago alevoso
Invectiva

Estaba Mirta bella	
cierta noche formando en su aposento	
con gracioso talento	
una tierna canción, y porque en ella	
satisfacer a Delio meditaba,	5
que de su fe dudaba;	
con vehemente expresión le encarecía	
el fuego que en su casto pecho ardía.	
Y estando divertida,	
un murciélago fiero, ¡suerte insana!	10
entró por la ventana,	
Mirta dejó la pluma sorprendida,	
temió, gimió, dio voces, vino gente;	
y al querer diligente	
ocultar la canción, los versos bellos	15
de borrones llenó, por recogerlos	
y Delio noticioso	
del caso, que en su daño había pasado,	



justamente enojado
con el fiero murciélago alevoso, 20
que había la canción interrumpido,
y a su Mirta afligido;
en cólera, y en furor se consumía,
y así a la ave funesta maldecía.
¡Oh! monstruo de ave, y bruto, 25
que cifras lo peor de bruto, y ave,
visión nocturna grave,
nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
de la luz enemigo declarado,
nuncio desventurado 30
de la tiniebla, y de la noche fría,
¿qué tienes tú que hacer donde está el día?
Tus obras y figura
maldigan de común las otras aves,
que cánticos suaves, 35
tributan cada día a la alba pura,
y porque mi ventura interrumpiste,
y a su autor afligiste,
todo el mal, y desastre te suceda,
que a un murciélago vil suceder pueda. 40
La lluvia repetida
que viene de lo alto arrebatada,
tan sola reservada
a las noches, se oponga a tu salida;
o el relámpago pronto reluciente 45
te ciegue, y amedrente;
o soplando del norte recio el viento,
no permita un mosquito a tu alimento.
La dueña melindrosa,
tras el tapiz do tienes tu manida, 50
te juzgue inadvertida
por telaraña sucias y asquerosa,
y con la escoba al suelo te derribe;
y al ver que bulle y vive
tan fiera, y tan ridícula figura, 55
suelte la escoba. y huya con presura.
Y luego sobrevenga



el juguetón gatillo bullicioso,
y primero medroso
al verte, se retire, y se contenga, 60
y bufe, y se espeluce horrorizado,
y alce el rabo esponjado,
y el espinazo en arco suba al cielo,
y con los pies apenas toque el suelo.
Mas luego recobrado, 65
y del primer horror convalecido,
el pecho al suelo unido,
traiga el rabo del uno al otro lado,
y cosido en la tierra, observe atento;
y cada movimiento, 70
que en ti llegue a notar su perspicacia,
le provoque al asalto, y le dé audacia.
En fin sobre ti venga,
te acometa, y ultraje sin recelo,
te arrastre por el suelo, 75
y a costa de tu daño se entretenga;
y por caso las uñas afiladas
en tus alas clavadas,
por echarte de sí con sobresalto,
te arroje muchas veces a lo alto. 80
Y acuda a tus chillidos
el muchacho, y convoque a sus iguales,
que con los animales,
suelen ser comúnmente desabridos;
que a todos nos dotó naturaleza 85
de entrañas de fiereza,
hasta que la edad, o la cultura
nos dan humanidad, y más cordura.
Entre con algazara
la pueril tropa al daño prevenida, 90
y lazada oprimida
te echen al cuello con fiereza rara;
y al oírte chillar alcen el grito,
¡y te llamen maldito!
Y creyéndote al fin del diablo imagen, 95
te abominen, te escupan, y te ultrajen.



Luego por las telillas
de tus alas te claven al postigo,
y se burlen contigo,
y al hocico te apliquen candelillas, 100
y se rían con duros corazones
de tus gestos, y acciones,
y a tus tristes querellas ponderadas,
correspondan con fiesta, y carcajadas.
Y todos bien armados 105
de piedras, de navajas, de agujones,
de clavos, de punzones,
de palos por los cabos afilados,
(de diversión y fiesta ya rendidos)
te embistan atrevidos, 110
y te quiten la vida con presteza,
consumando en el modo su fiereza.
Te puncen, y te sajen,
te tundan, te golpeen, te martillen,
te piquen, te acribillen, 115
te dividan, te corten, y te rajen,
te desmiembren, te partan, te degüellen,
te hiendan, te desuellen,
te estrujen, te aporreen, te magullen,
te deshagan, confundan, y aturullen. 120
Y las supersticiones
de las viejas, creyendo realidades,
por ver curiosidades,
en tu sangre humedezcan algodones,
para encenderlos en la noche oscura, 125
creyendo sin cordura,
que verán en el aire culebrinas,
y otras tristes visiones peregrinas.
Muerto ya, te dispongan
el entierro, te lleven arrastrando, 130
gori, gori, cantando,
y en dos filas delante se compongan;
y otros fingiendo voces lastimeras
sigan de plañideras,
y dirijan entierro tan gracioso, 135



al muladar más sucio, y asqueroso.
Y en aquella basura,
un hoyo hondo, y capaz te faciliten,
y en él te depositen,
y allí te den debida sepultura, 140
y para hacer eterna tu memoria,
compendiada tu historia,
pongan en una losa duradera,
cuya letra dirá de esta manera.

EPITAFIO

Aquí yace el murciélago alevoso, 145
que al sol horrorizó, y ahuyentó el día,
de pueril saña triunfo lastimoso,
con cruel muerte pagó su alevosía,
no sigas caminante presuroso,
hasta decir sobre esta losa fría: 150
“Acontezca tal fin, y tal estrella
a aquel, que mal hiciera a Mirta bella”

A Melisa Sueños

Soñaba yo, Melisa,
(ya que quieres saber lo que soñaba)
soñaba yo que en un ameno prado
andabas tú con prisa
tejiendo de las flores que brotaba 5
una guirnalda; y luego con agrado
(¡oh favor no esperado!)
con ella frente, y sienes me ceñías,
y con rostro halagüeño me decías:
“A ti solo entre todos los pastores, 10
se deben los honores,
yo, Delio, por ti muero,



y en el amor a todos te prefiero.”
Con el extraño gozo
el corazón del centro se salía,
y al fin me despertó con su latido 15
bañado en alborozo.
Mas luego me acordé que en cierto día
este favor a Antimio has concedido,
y a mí le has preferido;
pues le diste de Apolo los honores, 20
por más que murmuraron los pastores,
y apenas hube aquesto recordado,
me volví de otro lado,
y con cólera, y ceño,
maldije la vigilia, alabé el sueño. 25
Volví a quedar dormido,
y sentado me hallé junto a una fuente,
mirando su murmullo muy atento,
y estando divertido,
allí llegaste apresuradamente 30
pidiendo de beber, y yo al momento
un vaso te presento,
y dices tú con risa, y burla mía,
“No es ésa, Delio, el agua que pedía,
la sed que yo padezco es amorosa, 35
y siempre codiciosa
de tus eternos lazos,
sólo pueden templarla tus abrazos.”
Yo viendo mi ventura,
fui a lograrla los brazos extendidos, 40
y cayó de mi mano el frágil vaso
sobre una peña dura,
y el golpe me reduce a los sentidos,
y vuelto bien en mí por este acaso,
en mi memoria paso 45
las veces que esta dicha repetías
a tu Antimio, y a mí te resistías
de nueva faz de religión armada,
y viéndote entregada
en brazos de otro dueño, 50



maldije la vigilia, alabé el sueño.
Volví la vez tercera
a dormir, y soñé que con gran prisa
tocabas con la aldaba a mi postigo,
diciendo desde afuera: 55
«Abre, no temas nada soy Melisa,
que me vengo a vivir siempre contigo
en lazo eterno amigo,
tendremos ya los dos común el techo.
El ajuar, el vivir, la mesa, el lecho. 60
En uno juntaremos los ganados,
que con bienes doblados,
y con paz juntamente,
pasaremos la vida dulcemente.
Yo de mi dicha cierto, 65
dejo el lecho, dormido apresurado;
y destinando, ruedo la escalera,
y en el zaguán despierto,
bañado el rostro en sangre, y maltratado,
y vi que esta ventura, (¡oh suerte fiera!) 70
imposible me era,
pues el lazo que a mi me prometías,
tratado con Antimio lo tenías,
y aunque quedé del sueño mal herido,
mas que de él, ofendido 75
de la verdad, con ceño
maldije la vigilia, alabé el sueño.
Estas dichas soñaba
en una misma noche interrumpida,
tres veces, y aunque el bien fingido era, 80
ansioso deseaba
que ya que sólo el sueño fue mi vida,
mi vida un continuado sueño fuera.
¡Oh sí siempre durmiera!
Sólo el sueño me hiciera venturoso, 85
mas pues vivir velando me es forzoso,
sufrir será preciso tus rigores,
y al ver que en tus amores
vanamente me empeño;



maldigo la vigilia, alabo el sueño.

90

Historia de Delio A Jovino

Jovino descendido
de claros y altos reyes,
que del bárbaro yugo redimieron
al fiel pueblo oprimido,
y las sagradas leyes 5
juntas con el imperio defendieron,
y lejos lo extendieron,
Jovino, nueva gloria
del cántabro animoso,
del romano orgulloso 10
viejo enemigo de fatal memoria;
a servir no avezado
y con tarda cadena domeñado.
Jovino, gloria mía,
Jovino, mi Jovino, 15
(nombre en mi boca, cual la miel sabroso)
si mi ofrenda tardía
te puede hallar benigno,
y el nombre de quien fue tan desidioso 20
aún no te es enojoso;
recibe su retrato
(del tuyo, ¡ay! ¡cuán distante!)
que explica lo bastante
de su origen, sus prendas, y su trato,
y vida mal gastada 25
con eternas lágrimas llorada.
De los que en la ribera
del Duero con fatiga
rompen con corvo arado el duro suelo,
(ocupación severa 30



que la culpa enemiga
al hombre diera con el llanto, y duelo)
de tales plugo, al cielo
que fuese provenido
mi padre bien hadado, 35
civilmente empleado,
de bienes y virtud abastecido,
tan dulce y bondadoso,
que en él tuvo Temisa digno esposo.
Temisa, asombro raro 40
de virtud, y hermosura,
ninfa del Tormes; aunque descendía
de donde el Ebro claro
tiene su cuna pura,
y nace voluntaria la hidalguía; 45
pero la Parca impía
con temprana tijera
cortó el hilo precioso,
y mientras el esposo
dio al cadáver la honra postrimera 50
con triste llanto, y luto,
el hijo lo miró con rostro enjuto.
Así que tierno niño
Temisa me dejara
al cuidado del padre, en quien vivía 55
de la esposa el cariño,
porque no me faltara
cuanto a la tierna edad se le debía.
y allí en la patria mía,
que los fuertes Vectones 60
Mirobriga llamaron,
los dioses me miraron
con piedad, y de sus sagrados dones
me dieron bien sin cuento,
pero más voluntad, que entendimiento. 65
Antes que el nuevo día
de la razón rayase
sobre el ánimo incauto, ya Cupido
conquistado tenía



el pecho en que reinase 70
con más imperio que su madre en Guido.
Y yo cruelmente herido
al cielo alcé mi ruego
bañado en largo llanto, 75
sin que diluvio tanto
pudiera amortiguar el dulce fuego
que la vista primera
de la honesta Melisa en mí encendiera.
La de los negros ojos, 80
la de luengas pestañas
sin par hermosa, y a la par discretas
causadora de enojos,
de asaz duras entrañas
que de amor no domó cruda saeta. 85
A tal fiera sujeta
el ánimo, y rendida,
amaba tiernamente,
amaba ardientemente,
amaba sin templanza, y sin medida, 90
amaba en fin de modo
que aún hora el recordarlo tiemblo todo.
De tal fuego agitado
sin que a Apolo debiera,
numen, ni inflamación, canté amoroso, 95
y a la sombra sentado
en la fresca ribera
del Águeda Serrano cascajoso,
cantaba sin reposo,
y cantando juzgaba
conquistar la sirena, 100
que a triste llanto, y pena,
sin cantar ni aun hablar, me condenaba,
y en tamaña tristura
de mi edad paso toda la verdura.
Mas vino un claro día, 105
en que piadoso el cielo,
se dignó poner fin a mi locura,
y a la tierra venía



con dulce y raudo vuelo
la común hija llena de hermosura, 110
la santa Themis pura
de mis daños cuidosa;
que cual nieto me amaba,
y junto a do yo estaba
se llegó, y con voz todo poderosa, 115
mirándome severa,
me comenzó a decir de esta manera:
“¡Oh! ¡Joven sin sentido!
¿Cómo con torpe hecho
resistes los decretos celestiales? 120
No te fue concedido
el amoroso pecho
para centro de amores terrenales;
huye de tantos males,
mejor destino sigue, 125
la errada vida enmienda,
y emprende la ardua senda,
por do la gloria heroica se consigue.
Sus, acógete, Delio,
al templo augusto del famoso Aurelio.” 130
Dijo, y alzó su vuelo,
y mirándome afable,
volvióse al seno de do había salido,
dejando de consuelo
de gozo, y paz durable, 135
y santo amor el tierno pecho henchido,
y el fuego que Cupido
con imperio tirano
allí encendido había,
vuelto en ceniza fría. 140
Y yo atento al precepto soberano,
de la diosa clemente
el oráculo cumplo prestamente.
¡Oh, si no se entibiara
en el pecho mezquino 145
el alto fuego de que fue inflamado!
Quizá mi voz sonara



en cántico divino
sobre el Tabór, o el Gólgota sentado. 150
Pero aunque a son sagrado
de la cítara mía
las cuerdas arreglaba,
y a veces las mudaba
amores solamente respondía;
y así canté de amores 155
sin sentir de Cupido los rigores.
Ya el astro luminoso
en la sañuda frente
del león veinte veces ha tocado,
y el rústico oficioso 160
con acerado diente
otras tantas su seca mies cortado,
desde que recostado
en sus vastos oteros
me oyera el sabio Henares 165
amorosos cantares,
y celebrar los hijos de Cisneros
en su más alta gloria.
¡Ay! ¡cuanto me atormenta esta memoria!
Allí, aunque sin cuidado, 170
canté la donosura
de Julia ninfa humilde del Henares,
en quien Venus ha dado,
cifrando la hermosura,
breve causa a larguísimos pesares. 175
También en mis cantares
de otras mil ninfas bellas,
que aquel suelo habitaban,
los nombres resonaban,
pero la más loada en todas ellas 180
era la Gumersinda,
ninfa tan desgraciada como linda.
Después bajo otro cielo
canté de la divina
Mirta la honestidad, y la fe rara, 185
y así por todo suelo



mi cítara mezquina
eternamente amores resonara
si ayer no la arrojara
con ira de mi pecho 190
al Tormes que iba hinchado,
turbio y apresurado,
justamente movido a tanto hecho
de leer cuidadoso
de Jovino el ensueño prodigioso. 195
¡Oh! ¡Sueño peregrino!
¡Oh! ¡Asombro lastimoso!
¡Oh! ¡Verdad disfrazada sabiamente!
¡Oh! ¡Soñador divino!
¡Oh! ¡José misterioso! 200
Tú enseñas, tú reprendes dulcemente.
Tú poderosamente
el sueño sacudiste
en que siempre yacieran,
y sin gloria murieran 205
Batilo, con Liseno, y Delio triste.
Más sabes tú soñando,
que todos tus amigos afanando.
¡Oh! si la muy ligera
rueda trajera el día 210
feliz, en que los máximos honores
al gran Jove te diera
de nuestra monarquía,
nacido para cosas muy mayores!
Entonces tus loores 215
en verso numeroso
Delio ledo cantara,
y al cielo levantara
el nombre de Jovino, y el dichoso
día tan deseado 220
fuera con blanca piedra señalado.
Cuando con soberana
gloria muy semejante
al soñador divino del oriente,
la gente carpentana 225



te reciba triunfante,
y doble la rodilla reverente,
tras el carro luciente,
siguiendo irán gozosos
Batilo, con Liseno,
Delio de gloria lleno,
conquista de tus versos poderosos,
¿pues qué mejor destino
que ser los tres el triunfo de Jovino?

230

Las edades Poema didactivo

La niñez

Aetatis cujusque notandi sunt tibi mores,
mobilibusque decor naturis dandus, & annis.
Reddere qui voces jam scit puer, & pede certo
signat humum, gestit paribus collud
ere, & iram
Colligit, ac ponit temere; & mutatur in horas.
Horarius Epist. ad Pisonet.

5

Argumento

- Núm. 1. Proposición.
2. Dedicación.
3. Recomendación de la materia.
4. Admirase la providencia de Dios en la creación del mundo, y los entes que le ocupan, y sus designios en orden al hombre.
5. Complacencia del soberano Criador en sus obras.
6. Creación del hombre compuesto de cuerpo, y alma, y caos inmenso entre la materia, y el espíritu.



7. Admirable providencia con que el Criador proporcionó estas dos compartes para que compusiesen un todo.
8. Prerrogativas y felicidad del hombre en el estado inocente.
9. Degradación de la naturaleza por la desobediencia del primer hombre.
10. Males y miserias en que murió el hombre por su desobediencia.
11. Bienes naturales que quedaron en el hombre después de su degradación, sus excelencias, señorío, industria, y talento para procurarse su felicidad por medio de la agricultura, comercio, y descubrimiento, de las artes, y ciencias.

1. Decir en verso grave, numeroso, del hombre vegetable y las sazones por donde sin sentirlo es conducido, en cada edad notando las pasiones que son propias, por don raro y precioso 5
concede, oh sabia musa, y al olvido entrega el verso blando que a mi lira dictaste en vida umbrátil (¡Ay locura con eternas lágrimas llorada!)
- El verso didascálico me inspira, 10
mezcla la utilidad con la dulzura, la sola utilidad, que ni es tocada del fuego celestial la mortal gente, ni del sacro furor su pecho henchido para otro fin, al fuera conveniente 15
tratar asunto menos importante por mis años a tal sazón venido, que la cana en mi pelo ya ha nacido, y va a surcar la ruga mi semblante.
2. Y tú, sabio Jovino, mi ventura gloria inmortal del legionense suelo, a quien la mal sincera, la más pura duradera amistad unió conmigo, 20



(don entre cuantos dones debo al cielo,
el más digno de prez) ora tasando 25
estés a la maldad digno castigo,
representando al dios de la venganza,
ora con tierno pecho consolando
de la viuda y el huérfano el lamento;
ora examines en la fiel balanza, 30
que te confía la divina Astrea,
la dudosa razón con ojo atento,
y pecho libre de pasión malina,
suspende por un rato la tarea
forense, en que te tiene sumergido 35
el provecho común, y determina
en el nuevo camino, que has mostrado,
mis pasos aún dudosos, lo torcido
endereza, levanta lo abatido,
tilda con negra tinta el verso errado, 40
infúndeme valor, si desaliento
en la ardua vía, por do va la gloria,
yo extenderé del uno al otro polo
el nombre de Jovino, su talento,
y de sus hechos la lúcida historia. 45
Tuya es la idea, mío el verso sólo,
tus doctos pensamientos ve dictando,
yo al dulce verso los iré acordando.
3. Así como un geógrafo erraría 50
si mil reinos extraños describiera,
al desprecio entregando el patrio suelo;
o como el padre, que curar debiera
de su casa la sabia economía,
y la ajena mirase con desvelo;
así nosotros (creeme Jovino) 55
erramos, ¡ay! erramos torpemente
en objetos extraños consumiendo
de nuestro entendimiento el don divino,
que para el propio bien primeramente 60
nos fuera concedido, o discurriendo
por las obscuras ciencias, comparamos
unas cosas con otras vanamente;



o los ajenos hechos meditemos
en la historia, do el daño, y el provecho,
la acción laudable con el torpe hecho 65
confundidos están: (el grande Apolo
juzgue si ella es más útil que dañosa)
sólo de nuestro ser, de nuestro solo
vivir siempre olvidados consumimos
la vida, sin saber cómo vivimos. 70
Como entre flores necia mariposa
de objetos en objetos discurrimos,
sin tomar, cual abeja diligente,
a nuestro propio bien lo conveniente.
4. Que muy de otra manera meditaba 75
nuestro común provecho aquel divino
hacedor de cosas que en su mente
eternalmente concebido había,
y nada para sí necesitaba,
rico, abundoso, y en feliz destino, 80
y todo el ser en sí lo contenía.
¡Oh dignación! ¡Oh amable providencia!
¡Oh divino consejo eterno, y sabio!
¡Oh poder! ¡oh bondad! Del alto cielo
envía la sagrada inteligencia, 85
que purifique el torpe, inmundo labio
con fuego de tu altar, para que pruebe
decir tus obras santas, y desvelo
paternal hacia el hombre, confundido
el sacrílego error, que al necio ateo 90
dictó en secreto el corazón aleve,
y el sistema orgulloso, que el oído
cierra, cual áspid sordo, al sabio encanto
del gitano pastor, del pueblo hebreo
padre, y legislador, que poseído 95
do fuego celestial, y sacrosanto,
que arder, sin consumir la zarza, vido;
en la falda del Sina refería,
prestándole atención la ruda gente,
como el mundo en eterno horror yacía, 100
y en la nada yaciera eternamente,



si el soberano autor no le extrajera
del no ser, cual si allí ya ser tuviera.
Y sonando la voz omnipotente,
la universal materia salió fuera, 105
aunque inerte, vacía, informe, impura,
la faz ceñida de tiniebla obscura.
¡Ah! ¡Cuán desaliñada y diferente
de como fue después que la adornara
su espíritu divino, y la inspirara 110
virtud, con luengas alas cobijando
la inmensa mole de agua, cual fecunda
sus huevos la paloma al calor blando!
¡Cuánta virtud, cuán varia, la infundía!
La luz clara salió de la profunda 115
tiniebla distinguiendo noche, y día
para el trabajo, y ocio virtuoso
lo más puro del líquido elemento
alzó en inmensa altura, y extendido 120
cual magnífica piel el firmamento,
cubrió el resto del ser en giro airoso,
el resto, que aún yacía confundido
en el centro, do tuvo inmoble asiento
la tierra, que del agua separada,
mostró la seca faz, y señalado 125
fue el término en que el mar se contuviera,
con ley eterna nunca traspasada.
Luego abrió de la tierra el seno amado,
y explicó las virtudes, que la diera
su fecundo calor, y de verdura 130
apareció vestida, y prometía
en esperanza el fruto sazonado,
que sus especies propagar debía.
¡Oh cuánta variedad! ¡cuánta hermosura!
¡Qué grande utilidad! ¡qué muchedumbre 135
de cada vegetal! Allí fue hallado
desde el humilde hisopo hasta el alzado
cedro, que ostenta el Líbano, en su cumbre.
Después adornó el cielo a competencia.
Con lucientes estrellas, cuyo cuento 140



sólo pudo saber su eterna ciencia.
El sol, padre del día, rodeando
la tierra en desvelado movimiento,
los días numeraba, y declinando
del capricornio al cáncer lentamente, 145
el año y sus sazones señalaba
la luna de la noche presidente,
sus luces recogiendo, y dilatando,
los tiempos y los meses anunciaba.
Entre tanto del agua, el seno blando, 150
que el divino calor aún fomentaba,
del ser un nuevo grado producía,
capaz de movimiento, y de sentido.
Los silenciosos peces por la fría
cristalina región luego giraron, 155
y las canoras aves con ruido
desde el agua tan raudo el vuelo alzaron,
como si allí posadas estuvieran,
y el trueno horrendo de arcabuz oyeran.
La madre tierra el nunca estéril seno 160
abrió segunda vez, y en un instante
el anchuroso espacio se vio lleno
de animales en turbe numerosa,
de cuerpo, astucia, y ser desemejante,
cual cierra la distancia prodigiosa 165
del sutil arador al elefante,
y del necio jumento a la raposa.
5. Como un sabio pintor, que concluido,
el lienzo largo tiempo meditado, 170
y con profundo estudio diseñado,
atento lo contempla, y complacido
nota lo definido en las figuras,
el cauto desperfil de los contornos,
lo sinuoso y plegado en los dintornos,
el ameno follaje en la verduras, 175
de la luz a la sombra la insensible
degradación, la huella imperceptible
con que el dulce pincel varió las tintas,
que dan la suavidad y la belleza,



y a veces contrapuestas y distintas, 180
dando el claro, y obscuro fortaleza,
aumentan el relieve, y juntamente
extienden las distancias luengamente,
que al contrario suprimen a porfía,
los escorzos con diestra economía; 185
y mirando mil veces sus labores,
observa cada vez nuevos primores;
mira el todo, y se pasma; admira el arte
llevado a perfección en cada parte;
y tanta maravilla contemplando, 190
el semblante le baña el grande gozo,
y en el pecho le bulle el alborozo....
Así el divino artífice mirando
de sus divinas obras la hermosura,
orden, y proporción, se complacía, 195
en ver todo lo hecho tuvo holgura.
Cada cosa por si le parecía
buena, y mirado todo juntamente,
le pareció acabado, y excelente,
tanto, que el Criador se envaneciera, 200
si en un dios vanidad haber pudiera
y todo lo bendijo afablemente
mandando a los vivientes que llenasen
la ancha tierra, y su ser multiplicasen.
6. Y en tanto que los ángeles cantaban 205
mil acordados himnos, y alababan
el divino poder, cual si acabado
hubiera ya sus obras; en el pecho
reservaba el señor nuevo cuidado
hacia el hombre, pues sólo a su provecho 210
ordenaba su amor todo lo hecho.
Y con voz majestuosa, y resonante,
rebosando bondad por el semblante,
“Hagamos (dijo) al hombre.” Cesó el canto,
sobrevino a los coros el espanto, 215
y vieron admirados que inclinada
la inmensa majestad al bajo lodo,
tomaba, una porción, y separada



del resto, en forma airosa la pulía, 220
cubriendo con rosada piel el todo,
que innumerables partes contenía,
cada cual destinada al propio oficio.
¡Qué conexión, qué orden, qué artificio
en huesos, nervios, venas se guardaba!
¡Qué belleza, qué talla, y simetría 225
en todo el exterior manifestaba!
Mirado el bello rostro, parecía
que en apacible sueño reposaba.
Mas, ¡ay! que eternamente careciera
de toda sensación, y movimiento, 230
y como estatua inánime yaciera,
si el Criador con su divino aliento
soplándole en el rostro blandamente,
espíritu inmortal no le infundiera,
espíritu inmortal, alma viviente, 235
del mismo que la hacía imagen clara,
que apenas llegó al cuerpo, (¡oh maravilla!)
abrió los ojos, cual si despertara
del sempiterno sueño, y prestamente,
doblando con respeto la rodilla, 240
reconoció a su dueño soberano,
le amó con casto amor, y agradecido
besó la santa bienhechora mano,
que le dio el noble ser, constituido
de materia y espíritu, porciones 245
de tan raras, y opuestas condiciones,
que de la una a la otra no se viene
por graduación, ni entre ellas se conviene,
ni hay orden, proporción, ni analogía,
que un infinito caos interviene 250
entre una y otra, más intransitable
que el grande espacio, que imposible hacía
desde el pobre feliz al miserable
sediento rico, que en la llama ardía,
el corto refrigerio que pedía 255
para templar la sed intolerable.
7. Y con haber entre ellas tal distancia,



tanta contrariedad, y disonancia,
las ayuntó el Señor en amigable
lazo con modo oculto, y admirable, 260
poniendo entre las dos tal dependencia,
que a cualquiera impresión, que recibiese
la materia, en el alma a competencia
idea semejante se formase,
y al contrario, si el alma percibía 265
tristeza, o alegría resultase
dolor o gusto al cuerpo. Cual si viste
alguna vez en lira resonante
dos unísonas cuerdas, que si heriste
una de ellas, la otra, aunque distante, 270
hace el mismo sonido alegre, o triste,
sin ser herida. Así las dos porciones
humanas reciprocán sus pasiones,
y se afligen o gozan mutuamente,
viendo que el daño propio o el provecho 275
de el de su compañera es dependiente,
y a su cooperación funda derecho.
De do viene el temor de separarse
y dulce precisión de siempre amarse.
8. ¿Mas quién podrá explicar el abundoso 280
dote con que fue el alma enriquecida
para este desposorio? En don precioso
la original justicia fue añadida,
que el orden, y armonía conservaba,
y con doradas tiendas sujetaba 285
la inferior turba de apetitos varios,
para que ni rebeldes, ni contrarios,
del racional deseo desdijesen,
y siempre a la razón obedeciesen,
a la razón, que a todo presidía 290
cual sol en claro cielo, y procedía
ilustrada con ciencia suficiente
para poder vivir virtuosamente.
Ni allí el grosero error, ni la enemiga
pasión o enfermedad poder tuviera 295
para impedir la concertada liga,



ni el conocer y obrar lo que era justo.
Gozando el hombre libertad entera,
propia del sano estado, y ser robusto,
pronto siempre el auxilio soberano, 300
sin el cual por su culpa no cayera,
y queriendo, con él permaneciera,
y obrara el bien con vigorosa mano,
pues fácil le era el bien, que la traidora
ley de los miembros contradice ahora. 305

9. Así vivía en venturosa suerte
el primer hombre, y nada perturbaba
la dulce posesión de su contento;
libre de enfermedad y fiera muerte,
que el perdido vigor le reparaba, 310
y contra la vejez le aseguraba
del vital leño el pródigo alimento.
Y el rico patrimonio, que gozaba,
unido con la amada compañera,
a la futura gente transfundiera, 315
si el precepto tan fácil como justo
del Supremo Señor no traspasara,
y de tan alto bien no le privara
del soberbio Satán el triunfo injusto
con astucia traidora conseguido. 320

El triunfo injusto, que con grave canto,
interrumpido a veces con el llanto,
y laúd triste sabiamente herido,
lamentaba con verso numeroso
en la orilla del Támesis nubloso 325
el religioso Milton, y al sonido,
sus rubias ninfas la cabeza alzaban,
y a la historia tristísima atendían,
y con profundos ayes renovaban
la memoria del dulce bien perdido, 330
mirando al padre cuya urna henchían
con el copioso llanto que vertían.

10. Cual máquina exquisita, que el talento
del exacto Elicot con lenta mano
complicó sábiamente, y conformaba 340



con la luz celestial su movimiento,
y en breve espacio el orden soberano
de los celestes orbes imitaba,
y tal vez roto el muelle de violento
golpe, u de mano rústica partida 345
la preciosa cadena, cesa el orden
y todo es confusión, todo desorden;
así la mano de Satán grosera
perturbó la armonía establecida
por el autor divino, quebrantando 350
la justa rienda, que enfrenar debiera
al apetito bruto, que usurpando
los ajenos derechos tomó el mando,
quedando la razón en suerte triste,
ciega, débil, confusa, y a la hora 355
hecha una vil esclava de señora.
¡Oh amarga culpa! ¡Cuánto mal trajiste
al hombre en breve! Tú le derrocaste
del no entendido honor, en que vivía,
y al jumento incipiente le igualaste, 360
tú el sagrado derecho le robaste
de hacer con mano fácil, si quería
el bien, que obrar en vano ora porfía,
si el rayo celestial, nunca debido,
la razón tenebrosa no esclarece, 365
y el corazón helado no enardece.
Tú con furor, con espantoso ruido
corriste los cerrojos eternos
del horroroso abismo, do cerrados
tenía el soberano autor los males 370
a prisión sempiterna condenados,
si tú los duros hierros no rompieras,
y el indulto fatal le concediera.
Por ti en el mundo entró la muerte fría,
por ti la enfermedad y la dolencia, 375
la vergonzosa desnudez, la impía,
siempre traidora infiel concupiscencia,
la ignorancia, el orgullo, la insaciable
codicia, la hambre y sed, y la indigencia,



y de otros monstruos turba innumerable, 380
que de tropel salieron del profundo
para dañar el hombre miserable,
y establecer su imperio en todo el mundo.
Por ti sola fue el hombre desterrado
del delicioso Edén, y condenado 385
a no volver a hallar el surtidero
común del que en Egipto corre undoso
Phison, y del Araxes sonoroso,
del Eufrates alegre, y del ligero
Tigris. Por ti la tierra, que primero 390
de su grado los frutos produjera,
en posesión maldita fue trocada
que sólo diera al dueño la grosera
espina, y cruel abrojo, sino fuera
con duro, y torvo arado fatigada, 395
y con sudor, y lágrimas regada.
11. ¡Oh amarga culpa! ¡tanto mal hiciste
al mísero mortal! mas no lograste
acabarlo del todo, tú mudaste 400
su estado y condición; mas no pudiste
mudar el noble ser, ni le quitaste
el dominio supremo, el poderío,
que ejerce sobre todo lo terreno,
con que hace andar el cuello al yugo atado
al novillo valiente, y doma el brío 405
del altivo caballo con el freno.
Ni la astucia sagaz, con que, o de grado,
o por fuerza, al pez, ave, y alimaña,
hace reconocer el señorío,
que en vano huyendo van por la montaña, 410
o por el aire vago u hondo río.
Y salva quedó al hombre la inventora
industria, que muy breve le condujo
del perizoma humilde al refulgente
oro, y la blanda seda, con que ahora 415
el cuerpo cubre con soberbio lujo.
Y presto fue seguido a la astringente
bellota el grano fértil delicioso,



con mil dulces manjares y sazones.
Y luego aspiró el hombre a la abundancia, 420
y puso móvil puente al mar undoso,
corriendo sin fatiga la distancia
inmensa, que separa las regiones,
que nunca alcanzó a ver el carnicero
buitre subido al cielo, y las divinas 425
especies mil tomó del extranjero,
dándole lo sobrado. Y las divinas
artes advirtió en sí, con que levanta
a un nuevo y alto ser el ser primero,
y trasladando a un lienzo la natura, 430
instruye la razón, la vista encanta,
y fija a un ser la fugitiva historia,
y cediendo al cincel la piedra dura,
o en moldes los metales desatados,
de sus héroes, conserva la memoria, 435
y del suelo se aleja, y la vacía
región huella seguro, y en dorados
techos habita, y junta en sociedades,
los hombres, que con sabias leyes guía
a su felicidad, y da tormento 440
con máquinas, y obliga a la natura
a descubrir las causas y verdades,
que oculta en seno obscuro y avariento;
o con activo fuego la depura,
y en principios resuelve, y mil esencias 445
destila de tal precio y eficacia,
que le sirven de alivio en sus dolencias.

A Melisa

Yo vi una fuentecilla
de manantial tan lento y tan escaso,
que toda el agua pura que encerraba
podiera reducirla
al recinto brevísimo de un vaso. 5



Del pequeño arroyuelo que formaba
por ver en que paraba
el curso perezoso, fui siguiendo,
vi que sin cesar iba creciendo
con el socorro de agua pasajera,
en tal forma y manera, 10
que cuando lo he intentado
ya no pude pasar del otro lado.
Yo vi una centellita
que por caso a mi puerta había caído;
y de su pequeñez no haciendo cuento 15
me fui a dormir sin cuita,
y estando ya en el sueño sumergido
a deshoras ¡ay cielos! sopla el viento,
y excita en un momento
tal incendio que el humo me despierta; 20
la llama se apodera de mi puerta,
y mis ajuares quema sin tardanza;
y yo sin esperanza
confuso y chamuscado,
sólo pude salir por el tejado. 25
Yo vi un vapor ligero
que al impulso del sol se levantaba
de la tierra, do apenas sombra hacía.
No hice caso primero,
mas vi que por momentos se aumentaba, 30
y luego cubrió el cielo, robó el día,
y al suelo descendía
en gruesos hilos de agua que inundaron
mis campos, y las mieses me robaron,
y a mi que en su socorro fui a la era 35
me llevó la ribera
do hubiera perecido
sino me hubiera de una zarza asido.
En fin yo vi en mi pecho
nacer tu amor Melisa, y fácil fuera 40
en el principio haberlo contenido,
mas poco satisfecho
con ver su origen, quise ver cual era



su fin; y de mi daño no advertido
hallo un río crecido, 45
que a toda libertad me corta el paso,
hallo un voraz incendio en que me abraso,
hallo una tempestad que me arrebató,
y de anegarme trata.
¡Ay! ¡con cuanta inclemencia 50
Cupido castigó mi negligencia!

Canción
Al río Guadalete

Guadalete gracioso,
que en repetidos tornos dividido
el curso has suspendido
que hasta arcos seguías presuroso;
y en la pereza con que de él te alejas 5
das a entender que dejas
con repugnancia su terreno bruto
retardando al océano el tributo,
escucha de un ausente
del gaditano suelo, las razones 10
que de tus detenciones
y rodeos arguyen lo imprudente,
bien cierto que si tú las contemplaras
el paso aceleraras
por lograr mejor aire, mejor suelo, 15
mejor sol, mejor luna, mejor cielo.
¿Qué tiene este terreno
que pueda parecerse delicioso?
Es áspero, fragoso,
desigual, peñascoso, nada ameno, 20
que verle al corazón cubre de luto;
y ser terreno bruto
tu repetido torno lo asegura,
pues con uno le formas la herradura.
Ni detenga tu paso 25
la vista (aunque parece apetecible)
de un pueblo inaccesible
de toda sociedad, y bien escaso,



do casa sobre casa fabricada
una en otra apoyada, 30
vinculan ciertamente su caída
por divino presagio prevenida.
¡Desventurada gente
que en punto de sus dioses dividida
será desatendida 35
su ofrenda, ¡como culto irreverente!
Pues nunca fue aceptable, ni propicio
a Dios el sacrificio
que en vez de unir las gentes en concordia
es inmortal origen de discordia. 40
De tanto desacato
retira, Guadalete, tus cristales
antes que tantos males
mancillen su pureza con el trato,
y ya de confusión, y horror cubierto 45
sigue derecho al puerto
de do parten alegres los bajeles,
al grande emporeo de las gentes fieles.
De aquí a muy corto trecho
te dará el Majaceyte sus cristales; 50
que aunque pobre en caudales,
va siguiendo su curso más derecho,
y este nuevo socorro de agua pura
te añadirá presura
para que huyendo de la gente fiera 55
llegues presto a la dicha que te espera.
De amargo sentimiento
mis lágrimas vertidas por presente
agrego a tu corriente
para hacer más veloz su movimiento. 60
Ni tu caudal por dulce, con desvío
desdeñe el llanto mío;
que aunque tiene en su origen amargura
la pierde en mis canales de dulzura.
Así que enriquecido 65
con tal caudal corriendo presuroso
por puerto delicioso



darás al mar tributo encarecido,
y allí con tus cristales confundidas
mis lágrimas sentidas 70
podrán lograr la venturosa suerte,
que no le es dada al triste que las vierte.
De Cádiz el hermoso
besar podrán el muelle celebrado,
donde Hércules osado 75
a sus conquistas puso fin glorioso.
O tal vez de furiosos vendavales
movidos mis raudales
podrán (¡qué dicha!) en olas encrespadas
asaltar sus murallas deseadas. 80
Y el asalto logrado,
da, Guadalete, al mar, como es debido
el caudal recibido,
pues con tal condición te fue entregado.
Mis lágrimas irán más adelante 85
a pagar un amante
feudo a seno mejor que las reciba,
que algo tiene de mar quien las motiva.
Y si en caso impropicio
no hallan en este mar buena acogida, 90
juro que ya en mi vida
no alzaré en sus altares sacrificio
a la sacra deidad que en Cipro mora,
y mi lira sonora,
en vez de los primores gaditanos 95
cantará los blasones carpentanos.



Canción A Vecinta desdeñosa

¿Por qué tan desdeñosa
miras Vecinta bella
a Delio fiel que tu ventana atiende?
Si de él estás quejosa
explica tu querella, 5
y el fuego del enojo que te enciende
contra quien no comprende
en sí mayor pecado,
que el haberle Diana
con sentencia inhumana 10
a triste y dura cárcel condenado.
¡Ay! ¡que de tu desvío
sospecho mayor causa en daño mío!
Si fueran tus rigores
para todos iguales 15
y eterno fuera, el daño de tu cara;
sufriera mis dolores
y callara mis males,
o sólo de mi suerte me quejara,
ni el desdén extrañara; 20
que el haber siempre amado
a las Lices esquivas,
o Dafnes fugitivas
ésta mi estrella es, éste mi hado.
¡Ay! ¡que Vecinta hermosa 25
tan solo para Delio es rigurosa!
Dando al cielo alegría
alzas los bellos ojos
a Jualindo que el alto techo mora,
(¿quién vio más claro día?) 30
y luego con enojos
los diriges a Delio sin demora.
(¿Quién vio más triste hora?)
y sólo en tu semblante
centro de amor y tedio 35
sin crepúsculo medio



se miran (¿qué prodigio?) en un instante
juntarse en lazo raro
la triste noche con el día claro. 40
Si buscas ser querida
hallarás en mi pecho
el Cipro, y Pafo donde Venus mora,
si a ser aborrecida
te inclina tu despecho,
no desprecies, Vecinta, a quien te adora, 45
dejate por ahora
de ese mirar esquivo,
y el rostro desdeñoso
convierte en amoroso,
¿No ves que del amor el fuego activo 50
en el desprecio prende,
y el soplo adverso más la llama enciende?
A la noche funesta
sucede el claro día
y torna a los mortales el consuelo. 55
La parda nube opuesta
que el aire entristecía
en gruesos hilos de agua baja al suelo,
y el ceño quita al cielo;
y la mar alterada 60
del vendaval furioso
recobra su reposo,
sigue a la guerra cruel la paz amada.
Solo eterno percibo
Vecinta, en tu semblante el ceño esquivo. 65
¡Ay! ¡Delio fermentido!
Quizá porque olvidaste
de Mirta Gaditana la fe pura,
al cielo has ofendido,
las diosas enojaste. 70
¡Ay! Delio, Delio vuelve en la cordura,
sufre la pena dura
a que te han condenado
Diana encrudecida,
y Venus ofendida; 75



que es el morir de sed, porque has dejado
las abundosas mares
por la triste escasez del Manzanares.
¡Ay triste!... pero deja
canción, y corta el hilo ya a la queja 80
que tras la luenga noche vino el día,
¿No viste como el alba se reía?
Y que Vecinta hermosa,
¿comienza ya a mirarte cariñosa?

Oda

¿Por qué tan riguroso,
político severo
tuerces con ceño el rostro, y ofendido
repites desdeñoso
con ademán grosero 5
el coax de la rana desabrido;
porque Celia, cumplido
un lustro solamente,
para ser educada
del seno es separada 10
maternal, y cual víctima inocente
llevada a la clausura
¿que tú juzgas eterna sepultura?
Eterna sepultura
donde en perpetuo olvido 15
sus gracia, yacerán; pues el estado
del claustro por ventura
le será persuadido,
o cuando deje el claustro, ¿qué ha logrado
no habiéndola enseñado 20
la sabia economía,
que a la mujer abona
y la forma matrona,
a quien una familia se confía?



Difícil y útil ciencia, 25
que sólo da el ejemplo, y experiencia.
Y tal vez preocupada,
en nimias devociones
coloca la esperanza de ser buena,
la carga abandonada 30
de sus obligaciones
lo que la pura religión condena,
o bien se desenfrena
y sigue sin medida
los mundanales gustos 35
y placeres injustos
a que por tanto tiempo fue impedida,
cual río represado
que el obstáculo puesto ha derrotado.
¡Oh! Cuán enormemente 40
de la razón te alejas,
político, juzgando desdichada
a Celia la inocente,
que sin duelo, ni quejas
del corrompido mundo separada, 45
viene a ser cultivada,
como oliva preciosa
entre abrojos nacida,
que de ellos dividida
y trasplantada a tierra deliciosa, 50
paga después tributo
dando a su tiempo el sazonado fruto.
El fruto sazonado;
merced de la cultura
que en este santo asilo se propone, 55
donde el primer cuidado
es enseñar la pura
religión, que es la regla que compone
el corazón, y pone
al apetito freno, 60
y forma las matronas
que tú en vano blasonas
obra de un siglo de desorden lleno,



que mal a otros arregla
quien el propio interior tiene sin regla. 65
Maestras ilustradas
cual aquí se prometen
a Celia dictarán en sus lecciones
las acciones sagradas
que alentado competen, 70
condenando las falsas devociones
con las supersticiones.
Y si allí persevera
Celia el tiempo bastante, 75
será ejemplo constante
de que la piedad sólida y sincera
siempre se ha conciliado
con el bien verdadero del Estado.
Maestras permanentes 80
al sumo bien ligadas
con triple indisoluble ligadura,
a las tiernas clientes
para ser educadas
el bien les fijarán de la cultura.
Ni la pasión impura, 85
ni el interés grosero,
ni el capricho variable
de libertad instable,
tendrán jamás entrada en el esmero
de una sabia enseñanza 90
virtuosa, gratuita, y sin mudanza.
Aquí halla la nobleza
ventajosa acogida
a costa de un dispendio moderado,
y la humilde pobreza, 95
con amor recibida
es también educada con agrado
aquí logra el estado
seminario profundo
de maestras formadas, 100
que después separadas
esparcirán la fama por el mundo



de un establecimiento
gloria de nuestro siglo, y ornamento.
Estando Delio en su granjada
a entender a Mirta la preferencia que de ella hace
respecto de Peria, bajo la metáfora de don

Olivos Tercetos

En la amorosa estancia, donde vivo
de todo humano trato retirado
planté no ha mucho tiempo un tierno olivo.
Puse en él mi afición, y mi cuidado, 5
dos veces le regaba cada día,
y alguna vez estando recostado
a su pie, de mis ojos le añadía
el riego de un extraño sentimiento;
mi cuidado y cultivo agradecía, 10
Y lo mostraba el prodigioso aumento,
y como en tierra fértil y amorosa,
echó raíz profunda, esparcida al viento
la hermosísima rama en pompa airosa,
y yo para que más prevaleciera, 15
con mano diligente y cuidadosa
del contorno arranque cuanto pudiera
impedir el aumento prodigioso,
y con esto ha arraigado de manera,
que aunque es árbol crecido y muy pomposo 20
no ha podido arrancarle de mi estancia
el vendaval más terco, y más furioso.
Del fruto que me da con abundancia
con mis hojas y flores aprensado,
un bálsamo saqué de tal fragancia,
y virtud, que a mis llagas aplicado, 25



(aunque yo mortalmente estaba herido)
de todas las heridas he sanado.
Y otro olivo, que estando yo dormido,
Maro, cerca de allí plantado había 30
por más que su crianza ha promovido,
y le regó abundante cada día,
jamás se vio crecido ni frondoso,
y al ver que el otro más prevalecía,
y a mí de que medrase cuidadoso,
se ha ido marchitando, lentamente 35
hasta que se ha secado de envidioso.
A la muerte de don José Cadalso

Oda

Vuela al ocaso, busca otro hemisferio
baje tu llama al piélago salobre
délfico numen, y a tu luz suceda
pálida noche.
Manto de estrellas el Olimpo vista, 5
su gala oculten pájaros y flores,
sombras, y nieblas pavorosas
cubran valles y montes.
Brinde Morfeo delicioso néctar,
llene el silencio el ámbito del orbe, 10
no breme el bóreas rápido, ni el blando
céfiro sople.
Voz embarace fúnebre los vientos,
y de Heracles la soberbia mole
gima espantosa, cuando los acentos 15
eco redoble.
Murió Cadalso atónita repita
las ocho hermanas tímidas entonces
de Melpómene sigan asustadas
pasos, y voces. 20



Por la mejilla aljófares desciendan
nuevos suspiros el aliento forme
libre el cabello por la blanca espalda
vague sin orden.

Cerquen después el túmulo oficiosas, 25
cúbranle luego de fragrantas flores,
bálsamos quemén, reverentes humos
suban a Jove.

No en tiernos ayes Ericina Venus 30
con mayor causa, espíritu más noble,
ni más angustia, sienta la temprana
muerte de Adonis.

Que el clamor vuestro, Piérides divinas,
en son funesto, que las auras rompe
llore a Cadalso, a quien amaron siempre 35
tanto los dioses.

Cántenle dulces míseras elegías,
o bien endechas lúgubres entonen,
o bien en nuevos sáficos cadentes
digan acordes. 40

Genio divino, cuya dulce lira
siendo embeleso de la Ibera corte,
del Manzanares, náyades atrajo
margen, y bosques.

¿Adónde estás, que en soledades tristes 45
yace el Parnaso, ni Hipocrene corre,
ni Aonia florece, ni el Pegaso vuela,
dinos adónde?

Pluma facunda, reluciente acero,
a nuestras finas súplicas responde, 50
¿Qué hizo Minerva de tus altas glorias?
¿Qué hizo Mavorte?

Calpe inhumana, rigurosa Calpe,
no cruel dirijas belicoso choque
contra una vida que apreciar supieron 55
númenes, y hombres.

Parto de Juno, morador de Lemnos,
de Cítrea tétrico consorte,
nieve del Etna cubra tus



incendios abrasadores. 60
Rey de los vientos, Eolo, que enfrenas
el Noto, el Euro, el rígido Apeliotes,
para en tu imperio la volante muerte
frustra su golpe.
Y tú, hija cruel de Erebo, y la sombra 65
haz que sus filos tu segur embote,
no el vital hilo, o Atropos, tan presto
pérfida cortes.
Tristes anhelos, malogrados ayes,
quejas sin fruto, inútiles clamores, 70
¿Qué raptó os lleva, qué furor os dicta
tales razones?
¿Cuál es el rumbo que tomáis en vano
si el mar airado, obscurecido el norte,
yerto el piloto, denegado el puerto, 75
nadie nos oye?
Murió Cadalso. Decretolo el cielo;
el cielo manda a Lachesis le robe,
y aquella eterna voluntad no es fácil
que se revoque. 80
Ya Libitina de ciprés funesto
ciñe la frente, y dirigido el orden
de marcial pompa gime en uno y otro
trágico mote.
Nosotras, pues, en apacible coro 85
entonaremos su alabanza; cobre
tales tributos el que dio a Castalia
tanto renombre.
Dulces amores deban sus cenizas,
que de Artemisa la fineza doblen, 90
a las que en vida le debieron siempre
dulces amores.
De sus estudios, de su rica vena
jamás el tiempo la memoria borre,
tal no permitas ¡oh! de la alma Venus 95
cándida prole.
Entonaremos en las altas cumbres
templos, convites, sacras lustraciones:



murió Cadalso, muerte de los héroes
triunfe su nombre. 100
Entonaremos que la amable vida
dio por la patria, cuyo honor pregonen
émulos nuestros, alabastro, jaspe,
mármol, y bronce.

El triunfo de Manzanares Canción

Precioso Manzanares
que entre arenas caminas, lento el paso
cuanto en aguas escaso
tanto rico en virtudes singulares,
dote que fue debido justamente 5
a tu estrecha corriente,
que nunca en lo crecido y abundoso,
cifro naturaleza lo precioso.
A ti mi dulce acento
se consagra esta vez; y si me es dada 10
la lira celebrada
de los lesbios, tu nombre daré al viento,
y el triunfo por tu medio conseguido,
si fuere permitido
de los Cisnes que pisan tus arenas, 15
de cuya grande fama el mundo llenas.
A tu margen se dignan
congregarse los dioses celestiales
cuando de los mortales
los negocios más graves determinan. 20
Por eso gracias mil te concedieron,
y cuna te eligieron
de claros, poderosos, altos reyes,
que en dos mundos dominan, y dan leyes.
De ti el muy extendido 25
Guadiana, de ti el Ebro deleitoso,
y el Betis abundoso,
el hondo Duero, el Tajo abastecido,



y cuantos ríos cortan en porciones
las Hesperias regiones; 30
de ti uno reciben sus raudales
leyes, y dirección, si no caudales.
Por ti el apresurado
Genil al Betis sigue en derechura,
y lleva el agua pura 35
cual en su blanco origen se le ha dado.
Por ti es libre del Tíber turbulento
que con dañoso intento
le quiso amancillar, y juntamente
dar un extraño rumbo a su corriente. 40
Del Tíber, avezado
a hacer temer a todas las naciones
con sus inundaciones
de Pirra el siglo a Roma amenazado.
¡Ay! ¡Cuan entumecido, y orgulloso! 45
y su ímpetu furioso
¡Ay! ¡cuántas bellas tierras dejó aisladas
de nuestro amado suelo separadas!
Del Tíber que intentaba
abolir las memorias aplaudidas 50
a real nombre erigidas
que la Bética gente veneraba,
y el templo virginal invadir luego
de la diosa del fuego
presidente, aún cruel decreto airado, 55
del soberano Jove no aprobado.
¡Ay! ¡cuánta desventura
a la Bética gente aconteciera
si Jove permitiera
cumplir del crudo Tíber la ley dura! 60
¡Cuántos males sufrieran! ¡Cuántos daños
pastores y rebaños!
Todo fuera trastorno, y falta de orden,
extraña confusión, ciego desorden.
Sobre el olmo pomposo 65
do sola la paloma asiento hiciera
el torpe pez se viera,



y como pez el gamo pavoroso
surcara (confundida la natura)
la cristalina anchura, 70
y llevara Proteo sus ganados
a los ásperos montes nunca hollados.
¿A cuál Dios invocara
la confusa provincia, que a su ruina
con presura camina? 75
¡Ay! ¡y cuán vanamente fatigara
el coro femenino las vestales
con himnos virginales
de la dormida diosa las orejas
negadas a sus cánticos, y quejas! 80
¡A quién cometería
Júpiter soberano el rayo ardiente,
que a la afligida gente
vengase de maldad, y alevosía?
A ti fue dado, Manzanares bello 85
el poder contenerlo,
y el buen Genil hallar pudo en ti sólo
Marte, Venus, Amor, Mercurio, Apolo.
Así los otros ríos
tanta parte te den de sus caudales, 90
que sobre tus cristales,
cruzen la Carpentania los navíos;
como yo extenderé con más canciones
por todas las naciones
tu nombre, y fama; siempre agradecido 95
al triunfo por tu mano conseguido.
Y tú, Genil dichoso,
sigue al Betis, y anima de pasada
la gente desmayada
del habido temor, y victorioso 100
ve cantando tu triunfo dulcemente,
diciendo alegremente
“No temáis; libres sois de tantos males,”
y da nueva medida a tus raudales.
A quien no detuvieron 105
ni las amenas selvas, ni los prados



de flores mil sembrados,
ni su curso los hielos suspendieron,
ni sus raudas orillas azotaron
las olas; ni escucharon
de las ranas el canto desabrido,
ni bayón, ni espadaña allí se vido.
Sigue, pues, con presura
por do la sabia mano te condujo
con poderoso influjo,
y santas leyes llenas de cordura,
hasta que al verte raudo, y victorioso,
el Betis amoroso,
extendiendo los brazos luengamente,
en su seno reciba tu corriente.
Y luego sosegando
la presura los brazos paternales
tus hermosos cristales
hacia el mar gaditano irán llevando
por terrenos fecundos deliciosos,
y a los pueblos hermosos,
que en la apacible orilla fueres viendo
la nueva de tu triunfo va esparciendo.
¡Ay! guarde que el encanto
de margen sevillana lisonjera
detenga tu carrera,
ni quieras escuchar el dulce canto
de las ninfas que forman mil cuadrillas,
y en las frescas orillas
hieren la blanda arena, que aunque ufanas
son envidiosas de las gaditanas.
Antes cual sabio griego
tus oídos atapa prontamente,
y a paso diligente
la lucarina playa ocupa luego,
y sin temer escollos peligrosos
entra en los abundosos
y dilatados mares ya vecinos
llenos de mil veleros ricos pinos.
Y luego hacia levante

110

115

120

125

130

135

140

145



dobla la larga punta aguda, y fiera
del can, do pereziera
mil veces el incauto navegante,
y descubre el emporeo gaditano,
y corre luego ufano 150
a besar sus orillas reverente,
y saludar la hermosa y dulce gente.
Y si entre los millares
de ninfas, de hermosura, y gracia llenas 155
que pisan sus arenas
a la fiel, y divina Mirta hallares,
(que ignorar no podrás aun entre tantas)
besa sus bellas plantas,
y dile de mi amor cuanto tú puedas,
con que añadas que siempre corto quedas. 160
Dile que en la ribera
del apacible Tormes argentado
apasta su ganado
el triste Delio, cuya suerte fiera
(quizá por apagar su flama ardiente) 165
lo tiene de ella ausente.
Pero antes será el mundo piezas hecho
que falte Mirta bella de su pecho.
Dile que noche y día
con pastoril zampoña, o dulce avena 170
por divertir la pena
el nombre de su Mirta al cielo envía,
y olvidan sus ovejas los pastores
por oír sus loores;
y el pecho alzó tal vez del ancho asiento 175
el padre Tormes, y atendió a su acento.
Dile que en la delgada
arena nunca hollada de la gente
grava continuamente
el dulce nombre de su Mirta amada, 180
y crece, y sube con el olmo alzado,
y que siempre empleado
en formar de sus prendas larga historia,
hará eterna de Mirta la memoria.



El Cádiz transformado y dichas soñadas del pastor Delio Canción

Desde que vivo ausente
de la bella ciudad que fue la gloria
donde hizo eterno asiento mi deseo,
me está continuamente
afligiendo de día su memoria, 5
y de noche me sirve de recreo,
y aunque en sueños no creo
por ser regularmente necedades;
tal vez fueron misterios, y verdades,
y he de contar con verso mesurado 10
las dichas que he soñado
en una noche fría,
y era soñar el ciego que veía.
Soñé (como transforma
el sueño las ideas a su grado) 15
que no era Cádiz lo que se pensaba;
sino de humana forma
una pastora, que de mi ganado
los cándidos corderos apastada,
y Mirta se llamaba, 20
llena de honestidad, y de hermosura,
centro de discreción, y de fe pura,
y yo gozaba en suerte venturosa
de su vista graciosa
las veces que quería, 25
y era soñar el ciego que veía.
Soñé que transformado
Cádiz en Mirta bella, así me hablaba,
“¿Con que presto del Tajo a la ribera
trasladas el ganado? 30
¡Triste la que nació mísera esclava!
cierto puedes estar que si pudiera,
con gusto te siguiera,



hasta dejar los abundosos mares
por la triste escasez del Manzanares, 35
pero el alma, que es libre, irá contigo
o quedará conmigo
la tuya en compañía.”
Y era soñar el ciego que veía.
Soñé que amarizadas 40
mis ovejas dejaba en la espesura,
y a la playa me fui sin curar de ellas,
y noté unas pisadas
bien estampadas en la arena pura,
que juzgue ser de Mirta por lo bellas, 45
siguiendo fui las huellas,
y vi que con el dedo había formado,
en la arena este indicio de su agrado:
“Quien me sigue será correspondido,
Delio lo ha conseguido, 50
y Mirta lo escribía,”
y era soñar el ciego que veía.
Soñé, que mis zagales
me dieron una nueva lastimosa
de Cádiz, y yo en llanto me anegaba 55
llorando tantos males,
y al punto llegó Mirta presurosa
y vi que con un lienzo que tomaba
el llanto me enjugaba,
y aplicando la mano al casto pecho 60
“Vive, Pastor, (me dice) satisfecho,
que en Cádiz vivirás eternamente,
y yo muy ciertamente
mi ventura creía;”
y era soñar el ciego que veía. 65
Soñé que Mirta bella
me miraba, y decía con agrado:
“¿Por qué pasas, pastor, la vida triste?
Ya cesó mi querella
ya sé que tu caudal has retirado 70
del banco genovés, donde perdiste
en lo que allí impusiste.



¿Qué trecho habrá desde la tierra al cielo
pastor?” Y yo la dije sin recelo:
“medido de tu mano diestramente 75
un codo solamente”
y ella se complacía,
y era soñar el ciego que veía.
Soñé que divertido
estaba yo a deshoras de la noche 80
formando una canción a mi pastora.
Sentí a mi puerta un ruido
como si allí parado hubiera un coche,
y luego se me dijo en voz sonora,
“Delio, llegó la hora 85
de que dejes las selvas, y el ganado
pues no eres para rústico formado.
Ven que en Cádiz te espera ansiosamente,
con quien eternamente
gozarás de tu día” 90
Y era soñar el ciego que veía.
Yo de mi dicha cierto
dejo el lecho dormido apresurado,
y destinando, ruedo la escalera,
y en el portal despierto 95
bañado el rostro en sangre, y maltratado.
Y vi que esta ventura (¡ah suerte fiera!)
Imposible me era,
pues vi que aún subsistía irrevocable
de Diana el decreto formidable, 100
y aunque quedé del sueño mal herido;
más que de él, ofendido
de la verdad, con ceño
miré la vida, y con placer el sueño.
Canción, vé a Mirta, y dí de parte mía 105
que si de mi verdad, y amor dudaba,
sepa que si soñaba
el ciego que veía
era sólo soñar lo que quería.



A Melisa Canción

Andando yo cazando
vi una blanca paloma, que batía
las alas con extraño movimiento,
y luego fui notando
que por línea derecha descendía 5
hacia la boca de un dragón hambriento;
el cual con torpe aliento
había su vigor entorpecido,
y hacia sí la traía sin sentido,
con tal dulzura y suavidad tan rara 10
que si yo no llegara
tan oportunamente,
fuera despojo de su crudo diente.
Compadecido de ella
disparé mi arcabuz, y dividida 15
la columna de aliento, que mediaba,
cayó a mis pies la bella
paloma, sino muerta atontecida.
Yo la puse en mi pecho, y fomentaba,
por ver si en sí tornaba, 20
mas ella apenas se hubo recobrado,
después de haberme el corazón robado,
hacia la fiera boca alzó su vuelo,
y con tanto desvelo
por ella se ha metido, 25
como pudiera por su amado nido.
Estando en mi majada
entregados al sueño los mastines
vi que un lobo sagaz acometía
a una cordera amada, 30
que estaba de rebaño en los confines,
yo que más que a las otras la quería
tras el lobo, que huía
con el robo, siguiendo fui con priesa,
y del hambriento diente hurté la presa; 35
pero tan maltratada, que mirando



la sangre amancillando
del vellón la blancura,
me llenó las entrañas de ternura. 40
Con bálsamo oloroso
sus heridas curé compadecido,
y desde entonces mucho más la amaba,
mas ¡caso prodigioso!
apenas hubo bien convalecido,
volvió el lobo fatal que la buscaba 45
y el ganado acechaba;
y luego que lo vio la cordera
de mis brazos saltó ¡quién lo creyera!
Y fue siguiendo en pos del lobo hambriento
con balido y lamento, 50
y tan apresurada,
como pudiera tras su madre amada.
Viniendo de camino
vi un cazador astuto que tenía
en redes varias aves encerradas, 55
cuyo arte peregrino
con fingido reclamo las traía,
y a un engañoso cebo aficionadas,
del daño no avisadas,
se entraban en las redes con anhelo, 60
pensando hallar su paz y su consuelo.
Vi entre ellas una tórtola tan bella
que enamorado de ella
deseando lograrla
di todo mi caudal por rescatarla. 65
Llévemela en el pecho
a mi aldea y que cerca de allí estaba,
y yo la regalaba con cuidado,
y estando satisfecho
de que ella mis halagos estimaba 70
luego que ya me vido confiado,
con vuelo acelerado
caminó hacia la red en derecho,
y en ella volvió a entrarse sin cordura,
y yo en vano fui a cobrarla presuroso, 75



porque al hombre alevoso
por más que le decía
no pude persuadirle que era mía.
Melisa si entendieras
lo que quieren decir estas visiones, 80
no fuera quien las vio tan desdichado;
entonces conocieras
las astucias, engaños, y traiciones
de que Delio prudente te ha librado;
y hubieras estimado 85
su mucha diligencia y mucho celo,
pero al fin la verdad quitará el velo
al engaño, y verás que aquel amante,
a quien pagas constante
de tu amor el tributo, 90
es dragón, lobo, y cazador astuto.

A Liseno Oda

¿Por qué te das tormento
Liseno si te ha dado el cielo santo
el mirar el portento
que al Tajo pone espanto
y a sus lasos renueva el sabio canto? 5
Dichoso y bien hadado
quien logra ver de Lisi la luz pura,
do con modo no usado
la gran madre natura
cifró el numen la gracia y hermosura. 10
Ver el rostro halagüeño
donde mora el agrado de contino,
y nunca el negro ceño,
ni otro vapor malino,
alteró lo sereno y cristalino. 15



Y aquel hablar sabroso,
entre carmín y perlas fabricado,
correr cual el precioso
raudal recién formado
sobre las puras guijas deslizado. 20
¡Oh! no ya ingrato al cielo,
torna oh caro Liseno en tu cordura,
recobra tu consuelo
y deja la tristura
al mal hadado Delio y sin ventura. 25
¡Ay! ¡si entre tantos males
me fuese como a ti te es concedido
el ver los divinales
ojos donde Cupido
reina más fuerte que su madre en Gnido! 30
Dejando mi ganado
del Tormes argentado en la ribera
de el dulce bien llevado
por do quiera que fuera
como la sombra al cuerpo la siguiera. 35
O ya por la espesura
al ciervo con saeta fatigara;
o ya en la margen pura
del Tajo se sentara
y su voz en las aguas resonara. 40
Del canto suspendido
viviera de mis daños olvidado,
puesto el atento oído
al son dulce acordado
del plectro sabiamente moneado. 45



Al pensamiento Oda

Cesa ya pensamiento,
cesa siquiera un rato
de aumentar mis temores
con proponer mis daños.
Deja de repetirlo, 5
que ya tengo notado
ser propia la mudanza
de todo bien criado.
Ya sé que el sol hermoso
con círculo diario 10
si brilla en el oriente
se ofusca en el ocaso.
Ya de la luna bella
de advertido en los cuartos
crecientes y menguantes 15
alientos, y desmayos.
Sé que a la primavera
sigue el seco verano,
y la noche funesta 20
al día alegre y claro.
Y aun sé que aquestas cosas
(¿cómo podré negarlo?)
son imagen muy viva
del bien que yo idolatro.
¿Mas qué ventajas logro 25
de lo que yo te alargo,
si las copia en lo bello,
no en lo mudable y vario?
Es sol, mas siempre fijo,
es luna sin desmayo, 30
es primavera eterna,
es día perpetuado,
pues cesa, pensamiento,
cesa siquiera un rato
de aumentar mis temores 35
con proponer mis daños.



Que siendo de constancia
Mirta, prodigio raro,
ni ella puede mudarse,
ni yo puedo pensarlo.

40

En los días de Lisi

No sale tan gallarda
por las doradas puertas
del oriente la aurora
en las mañanas frescas,
como hoy en las orillas
del Tajo te presentas,
oh bella Lisi mía,
a celebrar tu fiesta.

5

Al paso que los giros
de la celeste rueda
tus bellos años forman,
tus claros días cuentan,
con pasos florecientes
tu verde primavera
va caminando al grado
de juventud perfecta.

10

El tiempo que grosero
castiga otras bellezas
con canas que envilecen,
o con rugas que afean,
va pintando en tu rostro
con mano sabia, y diestra
mil gracias peregrinas,
mil perfecciones nuevas.

15

Brilla en tu frente hermosa
la luz muy más serena,
ni más resplandeciente
su rostro al cielo muestra
la luna plateada

20

25



que el tuyo tú a la tierra 30
do imprimen hoy tus plantas
la delicada huella.
Los ojos.... musa mía,
¿cómo mi voz pudiera 35
pintar los rutilantes
ojos, que en pos me llevan?
¿Quién me dará que junte
del sol la luz inmensa,
la sombra de la noche 40
y el fuego de la esfera
para pintar sus brillos,
su gracia, y su viveza?
Juegan sobre tu boca
las risas halagüeñas,
y en el ebúrneo pecho 45
tesoro de belleza
derrama su blancura
la cándida azucena.
¡Ay tristes! ¡ay dichosos!,
los ojos que te vean, 50
dichosos si te agradan,
tristes si los desprecias.
Aun en la ausencia dura
mi alma los contempla,
y su luz la embriaga 55
sus llamas la penetran.
Mil veces bien hadado
el joven que merezca
el gozar para siempre
de tu amable presencia. 60
Logrado habrá en ti
(¡oh venturosa estrella!)
un cielo, un sol, un fénix,
y un diamante en fineza.
Nunca tan claro cielo 65
las nubes obscurezcan,
y sol tan refulgente
jamás ocaso tenga.



Tu vida a los diamantes
en duración exceda, 70
y la ficción de Arabia
en ti verdad se vea,
y tus amables padres
con tus hermanas sean
testigos oculares 75
de edad tan duradera.
Esto escribía Delio
a su pastora bella,
y en verso escribía,
de gozo pierde el juicio, 80
por eso dio en poeta.

El digamos de Mireo

Digamos, blanda musa,
digamos de Mireo,
digamos el fracaso
digamos el suceso. 5
De Mireo y Cupido
digamos, y cantemos,
del uno la venganza,
del otro el escarmiento.
De Mireo digamos
filósofo severo, 10
que amar juzgó delito
ajeno de hombre cuerdo,
de aquel que motejaba
con risa el embeleso
de Batilo en Filena, 15
y en Mirta el de su Delio.
Digamos como un día
pensativo y severo,
por la orilla del Betis



andaba descubriendo 20
de la naturaleza
los ocultos efectos.
Digamos que Trudina
por un casual encuentro
dio materia más noble 25
a su empezado intento.
Quiso advertir en ella
cual era aquel veneno,
que de los hombres turba
los no acordados pechos. 30
Y como el otro sabio,
observador protervo,
que intentó del Vesubio
comprender el misterio;
escaló la alta cumbre, 35
y averiguar queriendo
del incendio la causa
perció en el incendio,
así las perfecciones
contemplando Mireo 40
de la sin par Trudina,
notó un extraño cerco
sobre la frente hermosa
de pelo corto, y crespo,
parose a ver la causa 45
del bello fenómeno.
¡Ay triste! que era el arco
de do el niño severo,
que en pos de la pastora
tiraba el crudo nervio, 50
le disparó una flecha
y atravesado el pecho,
sobre la verde grama
cayó el triste Mireo.
Y el Dios no bien vengado 55
tomó un solo cabello
de la madeja hermosa
de la pastora, y presto



le ató de pies y manos,
y con burla, y desprecio
se lo entregó a Trudina
como manso cordero.
Y dando carcajadas
volviose el niño al cielo
a consolar la pena
del cuidado materno.
Y del vecino bosque
sin número salieron
pastores y pastoras
a celebrar el hecho.
Filas forman mil corros
de las manos asiendo,
y airosamente mueven
los bien tallados cuerpos.
Los pastores cantaban
muchos discretos versos;
no me acuerdo de todos,
diré los que me acuerdo.
“Nadie de amor se burle
ni rehuya su imperio,
quien presuma de estoico
téngasele por necio.
Nunca digáis pastores
cuando no estáis sedientos,
y aun viendo el agua turbia,
de aquí no beberemos.”
Esto digamos musa,
siempre digamos esto,
y nunca más digamos,
y no digamos menos.
Digamos.... pero cesa
musa, que si Mireo
tuviere más digamos,
mas digamos diremos.

60

65

70

75

80

85

90



A la quemadura del dedo de Filis

El caso que ha pasado
contigo Filis bella,
por más que tú lo afirmes
no es fácil que lo crea.
¿Cómo podrá creerse 5
tan extraña quimera,
cual es el que a la nieve
el fuego abrasa, y quema?
Pues tanta repugnancia
el caso representa 10
de que a uno de tus dedos
la llama se le atreva,
por más que negra cinta
le ciñe, y le rodea,
y por la cruz del lazo 15
lo jura, y lo protesta;
nunca creeré tal cosa
mientras que no te vea
aprender de tus daños
a ser menos severa 20
con los que tus dos ojos
abrasan, y atormentan;
que semejantes casos
al mismo amor enseña
a templar sus rigores, 25
y suavizar sus flechas.
Escucha, Filis mía,
el caso que se cuenta
del hijo de la diosa
que en Pafo, y Gnido reina. 30
Dejando a un lado el arco,
la aljaba, y las saetas;
cogiendo andaba flores
Cupido en una selva.
Vido una fresca rosa 35
que la prisión estrecha
del capullo rompía



esparciendo bellezas.
Cortola y en su centro
vio una oficiosa abeja, 40
que dulce miel libaba,
la dorada cera.
Tomola por las alas
el niño incauto, y ella
el aguijón esgrime 45
con tanta violencia,
que en uno de sus dedos
clavado se lo deja.
Con el dolor insano
el tierno dios se queja, 50
turbando con sus lloros
los cielos, y la tierra.
Volando por los aires
con voces lastimeras
fue en busca de su madre, 55
y puesto en su presencia,
con tiernos puchericos
le cuenta su tragedia.
Mas la prudente diosa
entre tierna y risueña, 60
le dice: “aprende, hijo,
a usar de más clemencia
con los flacos mortales
que imperioso atormentas.
Pues si la leve punta 65
de una mosca pequeña
te causa tanto daño,
que el dolor te enajena,
¿qué sentirán los hombres
cuando de tus saetas 70
del duro arco enviadas
penetrados se vean?”
Desde entonces Cupido
en su daño escarmienta,
y hiere menos veces, 75
o con menos fiereza.



Así tú, o más piadosa
va desde hoy te nos muestra
con los que tus dos ojos
abrasan, y atormentan; 80
O el caso que ha pasado
contigo, Filis bella,
por más que tú lo afirmes,
no es fácil que lo crea.

A Lisi malagueña

Ni la rubia Calipso
mostró mayor terneza
cuando de la isla Ogigia
Ulises se le ausenta; 5
ni la famosa Dido
hizo mayor fineza
subiendo al alto techo
a ver partir su Eneas;
como ha debido a Lisi
divina malagueña 10
el malhadado Delio,
a quien la suerte fiera
dio la dicha de amarla
al tiempo de perderla.
Yacía en blando lecho... 15
¡Oh Delio! ¡Cuánto yerras,
pues dices que yacía
la vida que te alienta!
En blando lecho estaba
de mil cuidados llena, 20
que el sueño de la noche
de sus ojos alejan.
El ruido del caballo
lleva la triste nueva
a Lisi de que Delio 25
para siempre se ausenta,



y toda poseída
de singular fineza
el frío despreciando,
(que otro fuego la quema) 30
salta del casto lecho
sin buscar más decencia,
que la que al acostarse
previene una doncella.
El cabello sin orden 35
claramente demuestra
cuanto aventaja al arte
la fiel naturaleza.
El cambray delicado
avaro, y cruel intenta 40
cubrir el blanco pecho
tesoro de belleza,
y en parte lo consigue;
pero a la vista deja
dos breves hemisferios 45
de nieve que le afrentan.
De la breve cintura
airosamente cuelgan
los lienzos que a los ojos
roban mejor Elena. 50
Nunca la fresca aurora
se levantó tan bella
a desterrar las sombras
de la noche funesta,
jamás la blanca Tetis 55
cumplió su anual promesa
al sepulcro de Aquiles
con tanta gentileza;
como por dar a Delio
la vista postrimera 60
salió del lecho Lisi;
¡Oh Musa, si la vieras!
La cerrada, ventana
con presta diligencia
abre, se asoma, mira, 65



no ve a Delio, ¡qué pena!
Mas ¿cómo era posible
si en una sazón mesma
el alba se levanta,
y la noche se ausenta? 70
Lisi, se vuelve al lecho,
Delio, triste se aleja,
entonces ignorante
de tamaña fineza.
Mas luego noticioso 75
siente al doble la ausencia,
se queja de su suerte,
blasfema de su estrella,
y al aire vago esparce
tristísimas endechas. 80
Ve a Málaga volando
mi dulce cantilena,
y goza la ventura
que a tu autor se le niega.
Y si logras la dicha 85
de llegar a las bellas
manos de Lisi hermosa,
mil veces se las besa,
y vuelve luego, luego,
a traerme las nuevas 90
alegres, si te acoge,
tristes, si te deshecha.



Traducción del salmo VIII

¡Cuán grande y admirable,
oh señor, en quien nuestro bien se encierra,
es tu nombre adorable,
en todo cuanto cierra
la redondea inmensa de la tierra! 5
Pues la magnificencia
que en tus excelsas obras se ha mostrado
en poderío y ciencia
así ha sobrepujado
que más que el alto cielo se ha elevado. 10
Sacaste tu alabanza
de infantil boca que aún enjuga el pecho,
la enemiga alianza
confundida, y deshecho
el odio vengador y su despecho. 15
Que si los cielos miro,
esmero de tu mano omnipotente,
y el desvelado giro
de la luna luciente
y de estrellas el coro refulgente; 20
luego digo admirado,
¿Qué es el hombre que tanto le encareces
tu amor? ¿o el engendrado
del hombre, que mil veces
con tu visitación le favoreces? 25
Poco menos le hiciste
que el ángel, y de honor le coronaste,
y gloria, y le pusiste
sobre todas las cosas que criaste.
Y todo sometido 30
lo dejaste a sus pies y a su mandado;
el rebaño vestido
de lana, el buey pausado,
y cuanto pace yerba en monte o prado.
Y las ligeras aves, 35
que alzan el vuelo a la región vacía,
y los pescados graves,



que cruzan a porfía
las sendas de la mar salada y fría. 40
¡Cuán grande y admirable
oh Señor, en quien nuestro bien se encierra,
es tu nombre adorable
en todo cuanto cierra
la redondez inmensa de la tierra!
Al Padre poderoso 45
al hijo sin fin sabio y al superno
espíritu amoroso
se dé el honor eterno
ahora y siempre y por siglo sempiterno.
Amén. 50

Traducción del salmo X

¿Para qué me decís (si en Dios confío),
sus, corre, aguija, vuela, y como el ave
traspasa el monte y la encumbrada sierra?
¿No ves los muchos que con pecho impío 5
aparejan el arco duro, y grave
aljabas que saetas mil encierra,
para herir en oculto al inocente?
¿No ves que han derrocado
al suelo prestamente
cuanto tú en luengo tiempo has fabricado? 10
¿Mas qué hice yo cuitado?
Ni de quién temeré si desde el cielo
el Señor, que en su santo templo mora,
sentado como juez mira piadoso
la causa de los pobres, y su duelo, 15
y de los hombres la conciencia explora
con juicio riguroso,
y pregunta imparcial a cada uno
al justo y al impío de consuno.
Que el que ama la maldad, aborrecida 20
tiene a su misma alma. Y Dios airado
lloverá los peligros por do quiera



sobre los pecadores, su bebida
a los malos, y suerte postrimera
serán fuego y azufre, y el airado 25
viento tempestuoso corrompido.
Porque es justo el Señor, y siempre amante
de la justicia ha sido,
y a la equidad miro de buen semblante. 30

Traducción del himno Veni Creator

Ven Criador espíritu amoroso,
ven y visita el alma, que a ti clama,
y con tu soberana gracia inflama
los pechos que criaste poderoso. 5
Tú que abogado fiel eres llamado,
del altísimo don, perenne fuente
de vida eterna, caridad ferviente,
espiritual unción, fuego sagrado,
tú te infundes al alma en siete dones, 10
fiel promesa del padre soberano,
tú eres el dedo de su diestra mano,
tú nos dictas palabras y razones.
Ilustra con tu luz nuestros sentidos,
del corazón ahuyenta la tibieza,
haznos vencer la corporal flaqueza, 15
con tu eterna virtud fortalecidos.
Por ti nuestro enemigo desterrado,
gocemos de paz santa duradera,
y siendo nuestra guía en la cartera, 20
todo daño evitemos, y pecado
por ti al eterno padre conozcamos,
y al hijo soberano omnipotente,
y a ti espíritu de ambos procedente
con viva fe y amor siempre creamos.
Toda gloria sea dada al padre eterno, 25



y al hijo de la muerte victorioso,
y al soberano espíritu amoroso
ahora, y siempre y por siglo sempiterno.

Traducción del cántico Magnificat

Alaba y engrandece
a su Dios y Señor el alma mía,
y en mi espíritu crece
el gozo y alegría
en Dios mi salvador, en quien confía. 5
Y porque se ha dignado
mi baja condición mirar clemente,
mi nombre celebrado
será de gente en gente,
llamándome dichosa eternamente. 10
El poderoso, y pío,
que santo es su renombre y ornamento,
ha obrado en favor mío
maravillas sin cuento,
que exceden todo humano entendimiento. 15
Y su grande clemencia
se extenderá propicia eternamente
a toda descendencia
con tal que toda gente
le doble la rodilla reverente. 20
De fortaleza y brío
armó su brazo excelso poderoso,
y confundió al impío
soberbio presuntuoso,
en sus designios vanos orgulloso. 25
De la encumbrada silla
derribó al poderoso y engreído;
y a la plebe sencilla



del estado abatido,
hasta el solio de gloria le ha subido. 30
Colmó al necesitado
de bienes soberanos con largueza,
y al rico confiado
en su falaz riqueza
dejó vacío en mísera pobreza. 35
En gracia ha recibido
a Israel, recordando su clemencia,
como hubo prometido
a la antigua creencia,
a Abraham, y su larga descendencia. 40
Al Padre sea la gloria
al Hijo, y al Espíritu cantada
en eterna memoria,
como siempre fue dada,
y será por los siglos tributada. 45
A una pintura confusa
de la gloria

Octava

Una rara visión que representa
un conjunto de varias confusiones
en color de azafrán y de pimienta,
donde a costa de muchas atenciones
sólo nota la vista más atenta 5
manos, patas, cabezas, pies, y alones;
¿Por qué motivo se ha de llamar gloria?
¿No era mejor llamarla pepitoria?



A un orador contrahecho zazoso y satírico
Soneto

Botijo con bonete clerical
que viertes la doctrina a borbollón
falto de voz, de afectos, de moción
lleno de furia, ardor, y odio fatal,
La cólera y despique por igual 5
dividen en dos partes tu sermón
que por tosco punzante y sin sazón
debieras predicárselo a un zarzal.
¿Qué prendas de orador en ti se ven?
Zazoso acento, gesto pastoril, 10
el metal de la voz cual de sartén,
tono uniforme cual de tamboril.
Para orador te faltan más de cien;
para arador te sobran más de mil.

A una señora que se quejaba de que hubiesen tratado
a otra antes que a ella

Si un caminante penara
de sed, y junto al camino,
por acaso peregrino,
una fuentecilla hallara,
y no siendo la más clara 5
el agua, bebiera aquí,
aunque no lejos de allí
otra mejor agua hubiera,
¿extrañarás que bebiera?
Pues esto me pasa a mí. 10
Si un infeliz naufragara,
y a una tabla que encontrase
gustoso la mano echase,
y así la vida salvara;
¿hubiera quien lo extrañara, 15
ni juzgara frenesí



porque tal vez por allí
pasar un barco pudiera,
que al puerto le condujera?
Pues esto me pasa a mí, 20
yo soy aquel caminante
a quien la sed desalienta,
y en amorosa tormenta
soy infeliz naufragante.
Ya os he dicho lo bastante 25
en comparaciones dos,
hablad señora por Dios,
que ese silencio me abrasa,
esto es lo que a mí me pasa,
decid lo que os pasa a vos. 30
Censura de unos sonetos acrósticos

Octava

Esos versos que ves tan adornados
no son efecto, Mirta, de gran ciencia
por pintor, no poeta, son formados,
más que obra de talento, de paciencia.
Y aunque hacía varias partes ordenados 5
siempre tienen su cierta inteligencia,
y forman con las letras mil juguetes,
no son sonetos, sino sonsonetes.



A la noche pintada
por J. Vernet
Décima

¿A qué luz examinaste
gran Vernet la noche oscura,
que en tu famosa pintura
tan el vivo la copiaste?
Si de noche la pintaste,
¿Qué luz tu pincel guió?
Si de día, no sé yo
como tanta oscuridad,
juzgándola realidad,
su luz no la disipó.

5

A don Bartolomé Vázquez
habiendo grabado la lámina de S. Agustín
Quintilla

Grabaste, oh Vázquez divino,
esta vez con tal primor,
que en tu buril peregrino,
con ser tan grande Agustino,
parece mucho mayor.

5

Traducción del epitafio latino que el Bembo hizo a
Rafael

Ille hic est Raphael, timuit, quo sospite, vinci
Rerum magna parens, & moriente mori.

Traducción
Bajo esta losa dura
yace aquel Rafael en cuya vida
la gran madre natura



temió ser excedida,
y quedar con su muerte destruida. 5

Otra
Aquí yace Rafael,
de quien natura admirada
recelo por su pincel,
viviendo él ser superada,
y morir muriendo él. 5

Égloga comenzada con motivo de la exaltación al
trono, y proclamación de nuestro augusto
soberano Carlos IV

BATILO DELIO
BATILO
¿De dónde, Delio amado,
tan extraña alegría?
Poco ha que en este sitio recostado,
arreglando tu lira a tono triste,
con fúnebre elegía 5
a toda la ribera enterneceste,
moviendo tu lamento
a tomar interés en tus pesares
al ledo Manzanares,
que el pecho alzó del arenoso asiento, 10
y hora de gozo el rostro transportado,
de yedra, y arrayan recién cortado
rodeada la frente,
festivo, sin cesar, alegre cantas
y a tu celeste esfera el son levantas, 15
y el nombre carolino juntamente,
el nombre carolino,
que en la ribera suena de contino.

BATILO
No te admires zagal si en este día
es mi gozo excesivo, 20



y llega mi alegría
a tocar en locura;
que es extraño el motivo,
y a veces es cordura
perder el seso. ¡Oh amada patria mía! 25
¡Oh felices edades,
en que la alma virtud es ensalzada,
y en trono real sentada!
Ya se ven humanadas las deidades
en medio de la plebe alborozada. 30
Ya torna el Reino de Saturno y Rea,
y derrama Amaltea
del rico don sagrado
los bienes sin medida.
¡Oh dichoso el zagal a quien es dado 35
el comenzar la vida
en tan feliz momento!
Paced, paced pastores libremente,
seguros de invasión de lobo hambriento.
Cantad alegremente 40
nuestras glorias futuras,
y el nombre carolino juntamente.
¡Oh dichas! ¡Oh favores! ¡Oh venturas!
¡Oh Carlos deseado! ¡Oh dulce Luisa!
Venid, tiempos, venid a toda prisa. 45

DELIO

Bien hiciste en decirme que no era
locura consumada tu alegría;
que por tal la tendría
quien como yo te oyera
decir cosas tan varias presuroso, 50
sin proseguir alguna señalada,
ni hacer allí parada;
cual en valle abundoso
deja la hambrienta oveja mal pacida
la grama comenzada 55
del codiciado nácar atraída,
o cual la mariposa



que toca en varias flores desvelada,
y en ninguna reposa.
¿De dónde, pues, tú falta de cordura? 60
¿Qué frenesí de nuevo te ha tomado,
siendo pastor de juicio acreditado?

DELIO

¿Pues qué? ¿No ves trocada la natura?
En el prado florido
no ves el resplandor, cuando a Diana 65
en diversión liviana
detiene en Lathmos el pastor dormido?
¿No ves por los oteros
saltar las corderillas,
retozar los corderos, 70
volar los colorines en cuadrillas?
No escuchas el divino no aprendido
canto del ruiseñor, que la celosa
consorte reconoce desde el nido,
donde en cama mullida 75
fomenta cariñosa
la familia en los huevos escondida?
¿no ves subir al cielo bordeando
la calandria parlera
en justa proporción la voz alzando, 80
y luego se descuelga a la pradera
precipitadamente?
¿no es aquella que arrulla en nuestra estancia
la tórtola doliente?
Del monte en la ladera 85
¿No miras el almendro floreciente?
¿No sientes la fragancia
de las rosas que nacen por do quiera?
¿Y todo en medio del invierno crudo?

BATILO

¿Tanto tu gozo enajenarte pudo, 90
que juzgues cosas tales
las hogueras, que en muestra de alegría



encienden los zagales?

El Genil triunfante al Darro quejoso
Canción comenzada

¿Por qué te das tormento
Darro, porque en triunfo conseguido
tu nombre no has oído?
¡Ay! deja ya la queja y el lamento,
y torna a dar contento y alegría 5
a tu angostura umbría,
que si yo llevo el nombre en la victoria,
del triunfo llevas tú toda la gloria.
Aunque del seno frío
los dos nacemos de esa madre cana, 10
plugo a la soberana
Mino hacer de los dos un solo río.
Para esto diste tú ricos caudales
en tus raudos cristales,
yo sólo el nombre di para el intento 15
pobre caudal y tardo movimiento.
No tú como el Segura,
que el triunfo celebró de la insolencia,
y puso a la inocencia
en prisión insoluble y cárcel dura. 20
Por eso condenaron sus raudales
los dioses inmortales
a ser de cara madre distraídos,
y en las movidas tierras consumidos.
A la paz ventajosamente concluida por Carlos tercero
Soneto

La guerra por un caso inevitable
invadió la española monarquía,
juzgando que aceptada acabaría
de una vez con la gente miserable;
Y rehusada, al monarca respetable 5
la gloria militar rebajaría
el pueblo ofrece a Carlos porfía



dones mil del tesoro inagotable
de su amor, y por Carlos negociada,
viene la paz con palma de victoria. 10
La guerra cruel, huyendo apresurada,
tantos despojos deja en nuestra tierra
que Carlos de la paz saca la gloria,
y el pueblo la abundancia de la guerra.

A la muerte del M. González
Elegía: por D. Luis Folgueras y Sion

¿Por qué gimieron las celestes cumbres
donde fulgura el sol; y obscureridas
las sacras potestades se asombraron?
¿Por qué en sus lechos cándidos soñaron
desventuras los justos; y sintieron
latirles con pavor los corazones? 5
¿Por qué la sien invulnerable y pura
enlutó la virtud, y los amores
con desoladas voces lamentaron?
¡Ay! ¡Ay! ¡Amigo regalado y tierno 10
de mi amor, de mi bien; la muerte horrenda
desde el carro infernal embravecida
segó tu cuello en este fiero instante!
Yo lo temblaba largo tiempo había,
la color de la muerte derramada 15
vi con terror sobre su faz amable
más que la gloria y que el placer, airada
con paso inalterable discurría
la despiadada fiebre devorando
del excelso vivir el almo aliento. 20
Ella a sus ojos descubrió ensañada
los hórridos abismos de la tumba
con tardo horror, en sus entrañas hondas
se deslizó, y ciñolas anchamente
inexorable a la piedad y al llanto. 25
El amigo infeliz del alma mía,
el varón adorable, en cuya boca



la ciencia y las dulzuras se escondían,
sintió, y gimió, naturaleza inmensa
armada de sus leyes vencedoras 30
vio conjurada contra sí, tocaron
su oreja los ardientes alaridos
de los que amaba con su amor, turbaron
sus tristes gritos aquella alma hermosa
para el amor y la virtud nacida. 35
Tormento igual encrudecerse sólo
en contra puede del mortal supremo
que al hado atroz el alto cuello rinde.
Ni el homicidio torvo en aquel punto
de monstruos gemebundos coronado 40
las tímidas entrañas le devora,
ni la cabeza ensalza espantadora
la calumnia sangrienta y fementida,
ni la esposa engañada, ni inocente
virgen burlada con perfidia infanda; 45
ni hollada sin pudor la ley potente,
el sabio muere como el sol; que inclina
la frente de oro en la sonante espuma,
a los orbes incógnitos llevando
el torrente inflamado de su lumbre. 50
Así miraste el postrimero instante;
con esa fuerza impávida le viste,
sublime, generoso, ilustre, ardiente
González, luminar glorioso, y timbre
del pueblo de Tubal, y sus regiones 55
fecundas; dulce, encantador, amante
cual los ángeles puros del Olimpo.
Lloradle amigos, a quien quiso tanto;
los que sabéis llorar; y las ternuras
del humano sentir probáis dichosos; 60
lloradle a gritos sin cesar; cuitosos
al túmulo volemoss do descansa.
Sombras que le cercáis; eternos seres
en cuya mano fiel se afirma el mando
y la defensa de las grandes sombras, 70
permitidme estrecharle con mi seno,



y sellar en su rostro el beso triste
de paz, y de dolor, y de la muerte.
¡Oh delicia inefable! ¡Oh gloria antigua
de la virtud, faltaste en fin; murieron 75
sesenta años de gloria, y de talentos;
y el pasmo de inmortal sabiduría.
Del sepulcro en los lóbregos asombros
yace sumida aquella gran cabeza
do tantas luces y saber moraban. 80
El genio del horror con mano impía
cierra la boca deliciosa y blanda
que jamás insultó, ni la amargura
vil, mancilló con ponzoñoso aliento
Los ojos, que miraron veces tantas 85
nacer la clara y reluciente aurora
y el albo cerco del fulgente día,
los que al cielo se alzaban, esparciendo
lágrimas, por las cuitas de los hombres;
la noche cubre sempiterna y fría. 90
¡Oh! ¡dolor! ¡oh gran Dios! ¡oh fuerza insana
¡y ley terrible de morir! ¡Oh amigo
dulcísimo, y leal de mis entrañas!
González era un justo; era un profundo
sabio, esplendor de la española gente. 95
Del tenebroso claustro en los retiros
vio la luz, y miró; y el fuerte lazo
del ciego error con noble afán deshizo,
las musas descendiendo en raudo vuelo
le trajeron la lira omnipotente 100
que la verdad, y los deleites canta.
Sonó; y el crimen en su horrendo trono
de llamas, retembló despavorido,
sus furias veladoras y sangrientas
alaridos lanzaron horroroso; 105
y mordieron el polvo; y rebramaron.
La virtud sonrió; y su leda frente,
bella, cual los jardines de Oriente
las inmortales gradas rodearon.
La superstición, hija del terror, su bronco trueno 110



y sus espantos derrocó humillada
herida de la gran filosofía
que sólo la esplendente soberana
de las ciencias, milagro de natura,
bollar pudo a esa sierpe antigua y brava. 115
La que a la ufana y prepotente Europa,
osó sacar de la región del llanto,
desde Bizancio, a do se eclipsa el día.
Oh con qué afán imperturbable y santo,
voló González por sus anchos golfos, 120
en la nao de la gloria refulgente.
El ángel del saber, al firme orgullo
del famoso varón, aplausos dando
guiolo; y por la dura, y larga senda,
de formidables hidras erizada 125
le llevó, y coronó sus vastos triunfos.
Entonces escucharon con asombro
los hijos de los hombres a porfía
sus lecciones de paz y de ventura.
Yo por mi bien las escuché algún día, 130
yo por mi mal me las acuerdo ahora.
Cual de los yertos eternos montes,
que señalan los términos del mundo
juntos descienden ríos mil sonando,
o en los rigores de la bruma helada 135
atropellados los lucientes copos
por la atmósfera giran dilatada;
de sus labios salían
las palabras de lumbre verdadera;
que envidia dieran al anciano Argivo 140
que robó la virtud a la alta esfera.
¡Oh! ¡punto aciago! en qué tesoros tantos
pisó, acabó, y escarneció atrevida
la reina atroz de las terribles sombras.
González esperó, que el sabio espera 145
cuando destino infiel la ley constante
no rompe de los seres voladores.
Meditó en el silencio; y suavemente
sobre la diestra y apacible mano,



que tantas veces enlazó la mía, 150
reclinó la cabeza augusta y mansa.
Entonces el sueño de la muerte fiera
en torno de sus párpados amables
tendió las alas fúnebres tremendas,
y aquella alma divina y generosa 155
de los débiles miembros desatada
dejó el planeta de los tristes hombres.
Bóvedas estrelladas, dadle asiento,
en vuestro luminoso firmamento
pues sois morada de las justas almas, 160
siglos, llevad su venturoso nombre
sobre las alas rápidas inmensas
a las edades últimas del mundo,
lágrimas de amistad, salid gimiendo
de mis ojos; y el túmulo sagrado 165
inundad de mi amigo ardiente y puro.



En la muerte del R. P. M. Fr. Diego González, del
orden de S. Agustín
Égloga

LISENO ROSELIO POETA

LISENO

Éste es del grande y celebrado Delio
el túmulo fatal; aquí reposa
yerto y sin alma aquel pastor, Roselio.
Aquí cubierto con la fría losa
yace a pequeño espacio reducido 5
el que al cielo elevó su voz graciosa.
El que cantó con pecho enardecido
de Marte y del Amor; y los arcanos
del inmortal autor esclarecido.
Resuenen juntamente en estos llanos 10
los tuyos, y mis lúgubres acentos
que ablanden a los dioses soberanos,
resuene nuestro llanto, y sentimientos
por la muerte de Delio, eternamente
rehusando placeres, y contentos. 15

ROSELIO

¡Ay Liseno! ¿cuál hado? ¿qué accidente
fue bastante a extinguir con saña impura
los rayos de esa luz resplandeciente?
¡Oh mísero destino! ¡oh desventura
de esta aldea infeliz que en un momento 20
perdió toda su gloria y hermosura!
¡Perdió todo su lustre y ornamento!
¡perdió a Delio, oh dolor y su alegría
desapareció, y tornose en sentimiento.
El sol ya no aparece cual solía, 25
ni el céfiro resuena entre las flores,
ni se oye de las ninfas la armonía.
Ya no cantan los tiernos ruiseñores
infundiendo placer, ni al dios de Gnido
tributan holocausto los pastores. 30
Dichoso tú, Liseno, que has podido



disfrutar largo tiempo sus cantares,
y a los suyos tus ecos has unido.
Dichoso tú, que en unos mismos lares
has vivido con él, mientras gozaba 35
de su armonía el claro Manzanares.
Una misma cabaña os resguardaba,
igual era el descanso, y alimento
que la santa amistad os preparaba.
Mas yo ¡mezquino! apenas de su acento 40
percibí la dulzura y melodía
cuando la Parca ¡ay Dios! cortó su aliento.

LISENO

Dichoso fui ¡oh Roselio! Cuando oía
el dulce son de su Rabel gracioso
que a las fieras, y plantas conmovía. 45
Y aun porque entonces fui tan venturoso,
es mayor al presente el desconsuelo
por carecer de amigo tan precioso.
Bien así como causa amargo duelo
al que por suyo tiene un pajarillo 50
la libertad que cobra en raudo vuelo.
Mientras que ve sereno, y sin sentirlo
cruzar mil veces por la vaga esfera
al ruiseñor, canario, o jilguerillo.
¡Oh quién ahora demostrar pudiera 55
de Delio la virtud, la ciencia, y gloria
con claridad, y narración sincera!
¡Oh pastor digno de inmortal memoria!
Tú al Águeda Serrano cascajoso
le adquirirás mil timbres en la historia. 60
Dirá, cuando le vea, el presuroso
pasajero “bebamos de este río
que es padre del ingenio prodigioso.”
No se hallará en el bosque más sombrío
árbol, en cuyo tronco no se lean 65
las letras de tu nombre, Delio mío.
Las ninfas bellas, que templar desean
el sentimiento de tu infausta muerte



repitiendo tus versos se recrean.
Los zagales también en mal tan fuerte 70
los repiten, y cantan; pero en vano
procuran alegrarse de esta suerte.
Todos lamentan tristes el insano
rigor del crudo brazo, que en tu vida
descargó el golpe fiero, e inhumano. 75
Mas ¿qué mucho que lloren tu partida
si en ti hallaban su gozo, y su consuelo
su placer, su quietud, y su acogida?
Tú templabas al triste el desconsuelo,
tú al perdido la senda demostrabas 80
por donde caminase sin recelo.
Tú al joven con donaires recreabas,
y con sentencias nobles al anciano,
y a las ninfas también cuando cantabas.
¡Ay! ¡qué de veces fuiste en este llano 85
coronado de yedra vividora
y del laurel de Apolo soberano!
Y cuántas la rosada, y fresca aurora
dejó a Titon del sueño poseído
por escuchar tu voz encantadora 90
A tus canciones eco conmovido
plácido respondía, y dilataba
por todas las campiñas el sonido.
El coro de las dríadas dejaba
la habitación sombría, y deliciosa, 95
y suspenso y absorto te escuchaba.
Mas ¡ay! ¡suerte enemiga y rigurosa!
¡Con qué inhumanidad privaste al suelo,
de la gloria y ventura más preciosa!

ROSELIO

Crezca el fiero dolor, y desconsuelo, 100
y cubra de tiniebla, y sombra obscura
su refulgente albor el claro cielo.
Suene en llanto confuso la espesura;
prados, cubrid de luto vuestras flores
y vuestras linfas, fuentes, de tristura. 105



Decid bellas zagalas y pastores
(de funesto ciprés la sien ceñida
y elevando hasta el cielo los clamores)
“Delio, ornamento de la humana vida,
tú volverás primero al ser humano 110
que olvidemos nosotros tu partida.”
Acuérdate ahora ¡ay! ¡cuán en vano
me ocurre a la memoria esta fineza
que entonces me dejó de gozo ufano!
Acuérdome que un día en la aspereza 115
del bosque, le hallé solo, y deseoso
quise oír de su canto la destreza.
Y él al punto con aire majestuoso
cantó por agradarme una elegía
al son de su Rabel tierno y donoso. 120
Y luego sonriendo me decía,
zagal, toma a Liseno por modelo,
en breve imitarás la musa mía.
LISENO
¡Oh Delio! ¡Oh dulce amigo! ¡oh mi consuelo!
¡Quién me privó de ti con mano airada, 125
que a mí no me cubrió con mortal velo!
¡Ay Parca rigurosa y despiadada!
Paréceme que aún veo en su semblante
tu vera imagen con furor pintada.
Y que con voz marchita y palpitante 130
me dice al espirar; Liseno mío,
yo muero, yo te pierdo en este instante.

ROSELIO
Suspende amigo el llanto, que tu brío
va cediendo al dolor; y no es cordura
que raye el sentimiento en desvarío. 135
Y de Delio en la triste sepultura
tributemos los últimos honores
a la amistad sagrada, honesta y pura.

POETA

Cesaron de llorar los dos pastores



mas no de suspirar mientras cubrían 140
el túmulo de Delio, con las flores
Que al viento mil aromas esparcían;
y cuando activos con mayor cuidado
tales oficios a su amigo hacían;
he aquí que se aparece un genio alado 145
cubierto de esplendor, el cual risueño
les dijo en clara voz con dulce agrado:
“Pastores, convertid en halagüeño
placer, vuestro dolor; templad el llanto,
Delio descansa en paz y en dulce sueño 150
libre ya de inquietud, de error, y espanto.”

Canción

Copados chopos cuya sombra fría
divierte mis cuidados
y alivia mi fatal melancolía,
si los dones trocados
fuera vuestro mi triste entendimiento, 5
mía vuestra dureza,
vuestra mi alma y vuestro tronco mío;
entonces yo contento
mirara con tibieza
el dolor vuestro más que el mármol frío. 10
Mas ahora que en mi daño conjurado,
admiro el justo cielo,
y de un amigo justo abandonado
quedo solo en el suelo,
abandonado a mis suspiros tristes, 15
y fuera de mí mismo,
falto ya de suspiros y de aliento;
vosotros que le visteis
en este sitio mismo
decid si será justo mi tormento. 20
Aquí con rostro afable y cariñoso,



mis faltas argüía,
y sobre su Rabel armonioso
mi mano dirigía. 25
Aquí con eco blando y lastimero
de sus penas cantaba,
y la suerte del reino desdichado,
o con tono severo
los vicios afeaba
encendido tu rostro y demudado. 30
Escuchaban los faunos retirados
su eco poderoso;
las ramas de los árboles copados
con silvo melodioso
acompañaban su cantar divino, 35
y con trinos suaves
el eco a sus cantares respondía.
Yo mísero y mezquino
sus tonos siempre graves
quise imitar con necia valentía. 40
Miraba el buen anciano mis intentos,
y él mismo me animaba.
Yo pintaba mis dulces sentimientos,
y él me los retocaba.
Cantaba yo de Fili los ardores 45
en mi amor embebido,
y atento me escuchaba y cariñoso,
y al cabo mis amores
condenaba entendido,
y otro amor me mostraba más precioso. 50
Entonces asiendo de la dulce lira
la majestad cantaba
con que la tierra en torno al centro gira,
y los brillos pintaba
con que el sol se descubre en el oriente 55
alegrando la tierra,
y de el pastor la pálida cabaña,
o bien cuando la frente
hiere de la alta sierra,
y de dorada luz sus cimas baña. 60



la vez primera. 20
Mas ¿quién podría tu sublime vuelo
seguir altivo, sin quedar burlado?
Cuanto animaba tu amistad, negaban
tus dulces versos.
Eras mi apolo, y en el pecho mío 25
era el influjo, con mayor dulzura,
el amor tierno, que feliz gozaba,
y hoy pierdo triste.
¡Oh! ¡sí, cual suele ruiseñor quejoso
viudez amarga lamentar suave, 30
el dolor sumo de tu ausencia fiera
cantar pudiese!
Mas ¡ay! el arte cede mi tormento,
y yo, que niño huérfano, y sin guía, 35
tomo la lira, y al pulsar tus cuerdas,
me anega el lloro.
Esta es la lira, con que alzar supiste
de modo el canto, que imitar pudiera
de Luis divino, del anciano padre
los dulces ecos. 40
Cantando en ésta ya el ameno valle,
ya a Mirta bella, y su ciudad amada
el sacro Apolo concedió a tus sienes
laurel eterno.
Luego abrasado de un ardor divino, 45
la voz sencilla gravedad cobrando,
émulo digno del profeta cantas
de Dios loores.
Cantas del hombre, y en edad diversa
vicios combates con rigor amable; 50
Mas ¡ay! ¡vivieras, y tu ejemplo solo
más enseñara!
Pero anegados en amargo llanto
mis tristes ojos llorarán sin fruto,
mientras mi Delio más dichosos prado 55
gozoso habita.
Ya cuanto un día mis delicias era
de horror me cubre; y al dolor, parece,



que aún este prado, de mi amor testigo,
tu muerte llora.

60

Sola tu vista derramó alegría,
sola tu ausencia causará tristeza,
y hasta la lira mi consuelo un tiempo,
ya estará muda.

Entre las ramas del ciprés erguido
quede, pues Delio ya mi voz ni escucha,
y allí las penas, y el silencio imite
del triste dueño.

65





HUMANISMO
QUE TRANSFORMA